

**DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CONVERTÍOS Y CREED LA BUENA NOTICIA

**CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA**

CUARESMA-PASCUA DE RESURRECCIÓN, 1991

SUMARIO

INTRODUCCIÓN

- Cuaresma y conversión (n. 1)
- Consolidar la vida cristiana (n.2)
- Urgencia de la conversión (n. 3)
- Esfuerzo y gozo de la conversión (n. 4)
- En el marco del año centenario ignaciano (n. 5)
- Contenido de esta Carta Pastoral (n.6)

**I.- EL PUNTO DE PARTIDA:
LA EXISTENCIA HUMANA DETERIORADA**

A. EL ENCUENTRO CON UNO MISMO

- Un cambio en perspectiva de totalidad (n.7)
- De la negatividad a lo positivo (n. 8)
- Dificultad de hacerse el planteamiento (nn. 9-10)
- Búsqueda sincera (n. 11)
- Fatalismo o esperanza (n. 12)
- ¿Prioridad de la sociedad o de la persona? (nn. 13-14)
- Reafirmación de la dignidad personal (n. 15)
- Dentro de nuestro mundo (n. 16)

B. CONOCIMIENTO DE UNO MISMO (n. 17)

- La urgencia de lo inmediato y la pregunta por el sentido de la existencia (n. 18)
- El deseo de poseer cada vez más y el desencanto de la posesión (n. 19)
- La oscuridad del amor y la llamada al "tú" trascendente (n. 20)
- El rechazo de la muerte y la complicidad en provocarla (n. 21)
- Las frustraciones familiares y la indigencia de socialidad (n. 22)

Individualismo egoísta y afirmación solidaria (n. 23)
Libertad participativa e intolerancia (nn. 24-23)
El deseo y el ser de las comunidades cristianas (n. 26)

C. SABER POSICIONARSE ANTE EL MUNDO DE HOY

Ser realistas y críticos para mejor conocernos y actuar (nn. 27-28)

Sin encerrarnos en el pasado (n. 29)

Algunas convicciones inquebrantables

- Ciencia y fe (n. 30)
- Muerte de Dios y dignidad humana (n. 31)
- Modernidad y valores éticos (n. 32)
- Placer y renuncia (n. 33)
- Tener y ser (n. 34)
- Necesidad histórica y libertad (n. 35)

II.- EL TÉRMINO DE LLEGADA: LA NUEVA VIDA EN CRISTO

¿Dónde hallarlo? (n. 36)

La respuesta cristiana (n.37)

A. CONTENIDO ÉTICO-MORAL DE LA CONVERSIÓN

¿Conversión a la obediencia de la ley?

- Trasgresión y culpa (n. 38)
- Deficiencias de una visión legalista de la conversión (n. 38 bis)
- La prueba de la obediencia (n. 39)

Conversión a los auténticos valores humanos

- Importancia de su vigencia social (n. 40)
- La acción del Espíritu en los hombres de buena voluntad (nn. 41-42)
- Fe cristiana y valores humanos (n. 43)

Ley y valores asumidos en el misterio de vida y amor que Dios nos ofrece

- Una llamada de Dios... (nn. 44-45)
- ... estimulante, esperanzada y gozosa (n. 46)

Necesitada de ser desvelada (n. 47)

B. DIMENSIONES TEOLÓGICAS DE LA CONVERSIÓN

Una llamada que es expresión del querer de Dios (nn. 48-49)

Una oferta de vida (nn. 50-51)

Acogida desde la fe (nn. 52-53)

Sellada por el Bautismo (n. 54)

Para vivir la plenitud del amor (nn. 55-56)

En el seguimiento de Jesús (nn. 57-59)

Para construir el Reino (nn. 60-61)

B. EL ESPÍRITU DEL SEGUIMIENTO A JESÚS

Conversión y bienaventuranzas (n. 62)

Patrimonio común de la comunidad cristiana (n. 63)

Expresión de la Buena Noticia de Jesús (n. 64)

Dimensión escatológica y actualidad histórica (n. 65)

Interpretadas desde la realidad histórica (n. 66)

Un intento de lectura cara el mundo de hoy

- Ante la lógica del dinero y del poder (n. 67)
- Ante la tentación del poder y de la eficacia (n. 68)
- Ante la autosuficiencia de los satisfechos (n. 69)
- Ante el egoísmo (n. 70)
- Ante el pobre que está junto a nosotros (n.71)
- En un mundo en paz con el pecado, dichosos los limpios (n. 72)
- Ante la dialéctica de la violencia y la guerra (n. 73)
- Dichosos si os persiguen por mi nombre (n.74)

Vivir en la verdad (n. 75)

III.- EL CAMINO: UN ITINERARIO PERSONAL

Los pasos de un itinerario progresivo y permanente (n. 76)

A manera de referencias (n. 77)

A. LAS EXPERIENCIAS DE IÑIGO DE LOYOLA

La acción del Espíritu que está en la Iglesia... (n. 78)

... y actuó en Iñigo de Loyola (n. 79)

De la postración a la decisión firme y comprometedora

- La experiencia de la debilidad (n. 80)
- Reflexión y añoranza (n. 81)
- Atraído por lo mejor (n. 82)
- La división y el conflicto interior (n. 83)
- Con la gracia de Dios empezó a ser otro hombre (n. 84)
- Ruptura y libertad (nn. 85-86)

B. SEGUIR EL PROPIO CAMINO (n. 87)

Nunca hay lugar a la desesperación (n. 88)

Recuperar la autoestima personal (nn. 89-90)

Pararse para hacer silencio (nn. 91-92)

Oír otras voces y descubrir otros mundos (n. 93)

Discernimiento y diálogo religioso (nn. 94-95)

La hora de la decisión y de la tentación (n. 96)

Y de la fortaleza compartida (n. 97)

Un proceso de oración (nn. 98-99)

Encuentro sacramental con la Iglesia (nn. 100-102)

El momento de actuar en la vida total (nn. 103-104)

IV.- EL ECO DE LA LLAMADA DE DIOS (n. 105)

A los sacerdotes (n. 106)

- Reavivar la gracia del ministerio (n. 107)
- Una serena alegría y ayuda mutua (n. 108)
- Testigos (n. 109)

A las familias

- Importancia de la familia (n. 110)
- Amor y conflictos familiares (n. 111)
- Familia unida pero abierta (n. 112)
- Una “iglesia doméstica” (n. 113)

A los adultos

- Autonomía y conversión (n. 114)
- Al servicio de la justicia, cara a Dios (n. 115)
- Colaborar al gozo de vivir (n. 116)

A los jóvenes (n. 117)

- Dificultades con que tropezáis (n. 118)
- El riesgo de la contradicción (n. 119)
- La validez de Jesucristo hoy (n. 120)

A nuestros mayores

- Hay vida en vosotros (n. 121)
- Haced el bien (n. 122)
- Fiaros de Dios (n. 123)

A cuantos estáis especialmente consagrados (n. 124)

- En el espíritu de las bienaventuranzas (n. 125)
- Testimonios de “contraste” (n. 126)
- En la misericordia (n. 127)

A las comunidades cristianas (n. 128)

- Autenticidad personal (n. 129)
- Conversión comunitaria (n. 130)
- Una sugerencia particular (n. 131)

A los alejados y a los no creyentes (nn. 132-133)

CONCLUSIÓN (n. 134)

INTRODUCCIÓN

Cuaresma y conversión

1. Una vez más, en la Cuaresma de este año, oiremos en la Iglesia la voz que nos invitará a la conversión. Como Jesús, ella proclamará: “El Reino de Dios está cerca. Convertios y creed la Buena Noticia” (Mc 1,15). Una voz ya conocida que, por serlo, pase quizás para muchos inadvertida. Una voz que en todo caso, correrá el riesgo de no despertar el interés proporcionado a la importancia del contenido de su mensaje.

Sin embargo, la conversión al Reino de Dios es una dimensión esencial de la vida cristiana. Sin ella, nuestro bautismo y nuestra misma pertenencia a la comunidad cristiana pierden mucho de su sentido. Convertirse significa, en efecto, fundamentalmente volverse a Dios en la fe y en la caridad. Significa también hacer del amor la norma central de la vida cristiana y de nuestras relaciones con los hombres y mujeres, nuestros hermanos.

Consolidar la vida cristiana

2. A lo largo de estos años pasados hemos venido ofreciéndoos unas reflexiones cuaresmales, orientadas a una gozosa celebración de la Pascua de la Resurrección. Hemos centrado la atención en temas fundamentales que definen el ser del cristiano¹. Nuestra intención ha sido ayudaros a estructurar más sólidamente la existencia cristiana, a fin de fortalecerla y de impulsar su crecimiento y desarrollo. En esta misma línea se sitúa nuestra reflexión de este año sobre la conversión cristiana.

Urgencia de la conversión

3. La urgencia de la conversión ha de estar permanentemente despierta en todo aquél que desee vivir de manera consciente su condición de creyente. La conversión no es algo hecho y conseguido de una vez para siempre. Es como la vida que, siendo la misma, tiene el atractivo propio de las nuevas situaciones y

¹ Queremos recordar especialmente los siguientes títulos: *Salvación y existencia cristiana. gozo y esperanza* (1990); *Seguir a Jesucristo en esta Iglesia* (1989); *Creer en tiempos de increencia* (1988); *En busca del verdadero rostro del hombre* (1987); *Creer hoy en el Dios de Jesucristo* (1986); *Seguimiento de Jesús y conciencia moral* (1985); *Conflictos humanos y reconciliación cristiana* (1984); *La Iglesia, comunidad evangelizadora* (1983); *Ser cristiano en la actual sociedad de crisis* (1982); *Conversión cristiana y acción cívico-política* (1979); *Tiempo de esperanza* (1978); *Los cristianos y la Iglesia ante la sociedad actual* (1977); *Algunas actitudes cristianas ante una nueva sociedad* (1976); *Fe, conversión y reconciliación* (1975); *Nuestro ser humano y cristiano a la luz de la fe en Jesucristo* (1973).

encierra la invitación a responder a ellas. Esto, sin embargo, no excluye la existencia de momentos particularmente significativos que pueden marcar de forma especial nuestra existencia. Así sucede también en la vida religiosa y, en concreto, en la conversión cristiana.

Esfuerzo y gozo de la conversión

4. Es posible que la llamada a la conversión evoque, de forma espontánea, la idea del esfuerzo y el desgarrón propios de toda empresa de renovación y purificación. Es la dimensión ascética de la conversión, tanto más necesaria cuanto mayor sea nuestra lejanía de Dios y de los hermanos. La conversión es inseparable de la penitencia y del sufrimiento espiritual experimentado por quien es conocedor del propio pecado.

Pero quizás no hemos descubierto y experimentado, en la misma medida, el gozo de la conversión y la promesa de vida que ella trae consigo. Concentrados en las dificultades del camino, hemos podido olvidar la alegre satisfacción de la meta alcanzada al término del itinerario recorrido. Queremos anticipároslo ya desde ahora: el resultado de la auténtica conversión no puede ser otro que una vida más plena y más gratificante. Sólo así alcanza su pleno sentido y significado la celebración festiva de la Pascua de la Resurrección del Señor, hacia la que caminamos en la Cuaresma.

En el marco del año centenario ignaciano

5. La llamada que, en nombre de Dios y de la Iglesia, os dirigimos a vivir la conversión cristiana ha de ser necesariamente una invitación al seguimiento de Jesucristo. Pero este año nuestra llamada a la conversión se sitúa en un marco especial. La hacemos en el contexto del V Año Centenario del nacimiento de San Ignacio de Loyola. Su personal experiencia de conversión, y su doctrina y práctica como maestro y guía de conversión, han sido especialmente fecundas en la Iglesia, particularmente por medio de los Ejercicios Espirituales. Estamos seguros de que él secundará, desde la casa del Padre, todos los esfuerzos que realicemos, personalmente y en nuestras comunidades cristianas, para alcanzar nuevas cotas de conversión.

Contenido de esta Carta Pastoral

6. La Carta Pastoral se desarrolla en cuatro capítulos:

En el primero, *El punto de partida: la existencia humana deteriorada*, se trata de facilitar, antes de todo, *El encuentro con uno mismo* (nn. 7-16). Tal encuentro suscita la necesidad, el deseo y la esperanza de un cambio personal. Bajo el epígrafe *Conocimiento de uno mismo* (nn. 17-26), ofrecemos el recorrido que permite descubrir no sólo el deterioro personal de la propia existencia, sino también la aspiración al cambio, que subyace en cada uno de nosotros. En el siguiente apartado, *Saber posicionarse ante el mundo de hoy* (nn. 27-35), afir-

mamos la necesidad de una actitud libre y crítica ante la tentación de dejarse llevar por determinadas corrientes imperantes en la sociedad.

La conversión tiende a producir una nueva forma de ser y de actuar. Éste es *El término de llegada: la nueva vida en Cristo*, objeto del capítulo 2º. El *Contenido ético-moral de la conversión* (nn. 38-47) es un componente necesario, pero no agota toda la riqueza de la conversión cristiana. Es preciso llegar a descubrir lo que constituye su riqueza peculiar, las *Dimensiones teológicas de la conversión* (nn. 48-61). Ellas alcanzan su expresión operativa en las bienaventuranzas, que definen *El espíritu del seguimiento a Jesús* (nn. 62-75).

En el capítulo 3º se expone el recorrido que posibilita el paso del punto de partida al término de llegada, lo que llamamos *El camino: un itinerario personal*. *Las experiencias de Iñigo de Loyola* (nn. 78-86) pueden ayudar a buscar el itinerario de la conversión que cada uno habrá de recorrer, *Seguir el propio camino* (nn. 87-104).

Finalmente queremos que *El eco de la llamada de Dios* (nn. 105-133) traduzca y aplique el mensaje de la conversión a las diversas formas de nuestra vida personal o comunitaria. De este modo, nos será más fácil a todos acoger la llamada y el contenido de dicho mensaje. Ésta es la intención del capítulo 4º.

I.- EL PUNTO DE PARTIDA: LA EXISTENCIA HUMANA DETERIORADA

A. EL ENCUENTRO CON UNO MISMO

Un cambio en perspectiva de totalidad

7. La conversión es un cambio a una nueva situación mejor que la anterior. Quien se convierte da un paso hacia adelante en la línea de su propia realización. Tras haber descubierto los aspectos negativos de su existencia, se arranca de ellos, no sin experimentar alguna forma de desgarramiento. Pero lo hace con la convicción de alcanzar una forma de vida más plena.

Es propio de la conversión el descubrimiento o, al menos, la intuición inicial de que el cambio pretendido o alcanzado afecta a toda la persona. No se trata, pues, solamente de corregir algo que no está bien. Se trata, más bien, de situarse de una nueva forma ante la vida y de lograr una mayor coherencia con lo que uno considera ser su más plena realización.

De la negatividad a lo positivo

8. En el proceso de la conversión percibimos, pues, con mayor o menor lucidez, nuestra propia situación y la valoramos como negativa. Vislumbramos al mismo tiempo una situación positiva a la que aspiramos. Nace así en nosotros la aversión a lo negativo que nos deteriora y la conversión hacia lo positivo que nos plenifica.

Desde una perspectiva religiosa, la conversión viene a ser lo diametralmente opuesto al pecado. Éste consiste en volver la espalda (= aversión) a Dios, para centrar la vida (= conversión) en realidades temporales desordenadas. La conversión, en términos religiosos, tratará de situar a la persona cara a Dios, con plena confianza en la plenitud de su amor.

Dificultad de hacerse el planteamiento

9. Tomar conciencia de lo negativo para experimentar el vacío, la carencia, el hastío e incluso el miedo ante lo que está deteriorando o arruinando la propia vida. Quizás sea ésta la experiencia más importante, pero también la más difícil para desencadenar el proceso de la conversión. El ambiente cultural en el que nos movemos no la facilita. No forma el planteamiento de las preguntas de fondo acerca de nuestro origen y destino del sentido de nuestra vida, de lo que es bueno y es malo, de nuestra relación con otros seres humanos (cfr. *Gaudium et Spes*, n. 10). El “pensamiento débil” y la desconfianza ante cualquier fundamentalismo no permitirán fácilmente que tales cuestiones hagan mella en la conciencia y provoquen planteamientos que, aun pareciendo importantes, pueden ser desautorizados por excesivamente trascendentales.

10. Pero ¿puede el hombre ignorarlas alegremente sin negarse a sí mismo, sin negar lo que es más propiamente suyo en contraposición a otras formas no humanas de existir? ¿A qué queda reducida una vida humana que no es capaz de plantearse su propia razón de ser y de preguntarse cuáles son los valores que la realizan como tal existencia humana?

Búsqueda sincera

11. Descubrir la negatividad de la propia forma de vivir exige ser sincero con uno mismo. Sin un mínimo de sinceridad no hay lugar para la conversión. El pecado contra la luz sume la vida en la oscuridad. El hombre necesita algo más que las miopes referencias que conducen a hacer de la vida, un entretenimiento pasajero.

La sinceridad es, además, algo más vital que la aceptación de verdades teóricas acerca del bien y del mal, de lo justo o injusto, e incluso acerca de Dios o de Jesucristo. Es la postura de quien no quiere engañarse a sí mismo. Es la actitud de quien busca la luz para su vida y se resiste a volver la espalda a lo que podría ser la referencia fundamental que le ayudara a encontrarse con la verdad de sí mismo. El creyente sabe, además, decir a Dios con el salmista: “Tú amas la verdad en lo íntimo del ser” (Sal 50,8).

Una fe religiosa siquiera adormecida o una conciencia moral no plenamente oscurecida pueden ser punto de partida inicial de gran importancia. Pueden dar pie a planteamientos serios en torno a la verdad de lo que uno está viendo.

Fatalismo o esperanza

12. El descubrimiento y reconocimiento del desorden y deterioro personal no tienen porqué sumirnos en el pesimismo o en la impotencia. Mucho menos en un complejo de culpabilidad estéril y paralizante. No es ésta, al menos, la interpretación que la fe cristiana da al hecho del pecado o de la injusticia. La vocación cristiana del hombre no permite aceptar fatalmente el pecado y la injusticia como realidades definitivas. Ofrece perspectivas más esperanzadoras.

En cada hombre está operando una fuerza que busca para él la liberación, a fin de sacarlo de la servidumbre que le impide ser plenamente hombre. Quien cree, de verdad, en la vida y quien sinceramente la ama, debe creer también en la posibilidad de la conversión a la justicia. En el hombre no todo es desorden y pecado. Hay en él dinamismos de salvación que, en última instancia, nos descubren a un Dios que opera por el Espíritu para liberarlo. A todos nos dice Dios: “Hay esperanza para tu futuro” (Jr 31,17). Ser sincero con uno mismo exige descubrir la capacidad de la propia liberación realizadora, no menos que la oscuridad del propio desorden deshumanizador.

¿Prioridad de la sociedad o de la persona?

13. Al tratar de descubrir el rostro desfigurado de su humanidad, los hombres y mujeres de hoy experimentamos todavía otra dificultad importante. Ella puede hacernos dudar de nuestra responsabilidad personal: ¿Somos “nosotros mismos” o es la sociedad quien actúa en nosotros? ¿Cuáles son los márgenes de libertad de que disponemos?

Si la sociedad fuera distinta, parecemos pensar y aún decir, nosotros seríamos también distintos. Cambie la sociedad a formas de pensar y de actuar más justas y honestas, y cambiaremos automáticamente cada uno de nosotros. Convertirse personalmente en el mundo en que vivimos, no parece posible. En todo caso, sólo podría pedirse a los héroes y a los santos, a esos seres extraordinarios que no somos la mayoría de los ciudadanos.

14. Es muy importante que nos demos cuenta de lo que encierra de realidad y de inquietud esta cuestión. No por pura casualidad sucede que, en un ambiente socio-cultural en el que tanto se afirma y reitera el valor personal de cada existencia humana individual, se experimente, quizás más intensamente que nunca, la dependencia de lo social y lo colectivo.

Reafirmación de la dignidad personal

15. Precisamente por ello, la llamada a la conversión personal afirma la fe en el valor y en la dignidad de cada persona metida en ese mundo. Quiere recuperar la confianza puesta en cada uno de nosotros por Dios y por la misma naturaleza humana. Pretende estimular la acción para salvar cada existencia personal, la propia y la de los demás.

No queremos resignarnos a que los hombres y las mujeres de hoy sean meras sombras revestidas de carne pero sin espíritu, manejadas y manipuladas por ideas, criterios y mecanismos impersonales. No ignoramos que sus primeras víctimas son los mismos que creen ser dueños del poder que corre por sus manos. Pero la fe cristiana cree en el hombre y mujer concretos y por ello los llama a la conversión a la vida, a los valores, a la justicia, en último término a Dios, a fin de que no se pierdan en el anonimato social.

Dentro de nuestro mundo

16. Pero, en todo caso, no queremos ignorar que la vida de cada uno es el resultado de la actuación conjunta de lo que nosotros mismos queremos y de ese “otro” que está fuera, que interiorizamos sin saberlo y que actúa desde nosotros.

Pero, añadimos, actúa no sólo negativamente con su fuerza deshumanizadora o, en términos más religiosos, “escandalizadora”. Lo hace también positivamente, estimulándonos a progresar hacia una humanidad más conforme con el auténtico proyecto humano. Los creyentes llegamos a conocer tal proyecto, en última instancia, a través de la manifestación que Dios nos ha hecho de él en Jesucristo.

B. CONOCIMIENTO DE UNO MISMO

17. Si queremos convertirnos de verdad, tenemos que conocer nuestra situación. Hemos de saber dónde estamos para descubrir a dónde queremos ir. Se nos impone la urgencia de conocer nuestro ser personal tal como él es, fruto del yo más íntimo, consciente o inconsciente, y fruto también de los influjos y presiones del medio social.

¿Quién y qué soy yo? ¿Qué es y cómo actúa en mí la sociedad? ¿Qué invitaciones ocultas percibo que he de escuchar si no quiero ahogar un espíritu que quiere alumbrar formas de vida más humanas en mí y en la sociedad? ¿Qué hay en cada uno de nosotros mismos?

La urgencia de lo inmediato y la pregunta por el sentido de la existencia

18. Nos apremia el afán y la urgencia de lo inmediato. Hemos de actuar, dominar las situaciones, conseguir los objetivos propuestos. Nuestra vida no puede ser estéril; lleva en sí gérmenes de fecundidad. Tenemos responsabilidades que nos vienen dadas, de las que no podemos abdicar sin ser infieles a nosotros mismos y a los demás. Ésa es nuestra vida.

Con todo, no podemos eludir la pregunta que se nos insinúa sutilmente en ocasiones de mayor lucidez y serenidad. Es ésa nuestra vida, pero ¿ha de ser ella toda nuestra vida? ¿Qué sentido tiene esa sensación de triste insatisfacción, que nos invade cuando, habiéndolo hecho todo, caemos en la cuenta de que no era eso todo lo que queríamos ser? Algo debe querer decir el descubrimiento de que el “término” de lo realizado no coincide con la “totalidad” de la existencia humana que anhelamos.

El deseo de poseer cada vez más y el desencanto de la posesión

19. Necesitamos disponer de medios materiales y, en particular, los recursos económicos nos son indispensables. Nuestra connatural insuficiencia subjetiva busca el afianzamiento en el apoyo de eso que llamamos “lo nuestro”. Nos sentimos más seguros al sentirnos sostenidos por la realidad de una naturaleza de la que nos hemos apropiado, en ocasiones sacrificándola y aun esquilmandola.

Pero experimentamos también la inconsistencia de unas realidades a las que hemos otorgado una confianza para “salvar nuestras vidas”, muy superior a la que ellas nos pueden asegurar. Experimentamos el desencanto de la equivocación que ha supuesto creer que éramos más, sencillamente porque poseíamos más.

A ello se une, no raras veces, la inquietud producida por la acusación sorda de que lo que poseemos no es nuestro porque lo hemos adquirido injustamente a costa de los demás, de personas concretas o de la sociedad. ¿Es ésa la sólida consistencia de una vida apoyada en el tener y en el tener cada vez más?

La oscuridad del amor y la llamada al “tú” trascendente

20. El corazón humano experimenta la espontánea llamada a la comunicación y al amor. Tampoco el cuerpo y el sexo están cerrados al diálogo interpersonal; más bien, lo posibilitan y, en cierta medida, lo exigen. Sin embargo, la tendencia a salir de sí mismo que está inserta en la dinámica del amor, gira fácilmente sobre sí para retornar a una autosatisfacción posesiva, que convierte lo más íntimo y personal del otro en un objeto de dominio y de uso que poco tiene que ver con el verdadero amor. Los compromisos que se creían definitivos, languidecen y se quiebran. Y apenas si hay lugar siquiera para entender lo que lo definitivo pueda significar.

La manera verdaderamente humana de vivir el amor pide una actitud de comunicación, de ofrenda y de compromiso. Sin embargo, la experiencia de la insatisfacción y de los límites del amor así vivido puede ser también un saludable indicador. La trascendencia humana del amor ¿no deja traslucir otra trascendencia más “absoluta”. Las paradojas y contradicciones de lo que llamamos “amor” deberían darnos qué pensar.

El rechazo de la muerte y la complicidad en provocarla

21. Nos resistimos a encararnos con la muerte. Nos horrorizaría arrastrar sobre nuestras espaldas el peso de sabernos los asesinos del hermano. Afirmamos que todos tienen derecho a vivir y a vivir dignamente aquí y fuera de aquí. Sabemos que la realidad es distinta. Y no nos atrevemos a pararnos a pensar qué parte de culpa podemos tener en que esa realidad exista y se mantenga. Tememos las repercusiones que una reflexión sincera y profunda pudiera tener en nuestras seguridades psicológicas y en nuestros comportamientos económicos, sociales o políticos.

La verdad es que el mal que existe “fuera de mí” puede convertirse en una llamada a evitar el mal que existe “por mí” y convertirme así a un amor real a los hermanos. Puede incluso llevarme a reconocer que quizás sea yo mismo el causante de una muerte real, disimulada solamente por el hecho de que queda oculta o ignorada, o por la inconfesada circunstancia de que la víctima no era capaz de protestar o de reivindicar su derecho a la vida.

Las frustraciones familiares y la indignancia de socialidad

22. Normalmente, ha sido en nuestra familia donde hemos aprendido a amar. En ella hallamos todavía algunos de los rasgos más significativos y expresivos de lo que es vivir la comunicación en el amor. Sin embargo, es también ella el lugar en el que la incomunicación puede ser particularmente sentida y padecida a causa de una cercanía que se vuelve insoportable y chirría con el roce de lo cotidiano. La ruptura del vínculo de un amor que nunca existió o, si lo hubo, ni se cultivó ni se defendió, puede poner de manifiesto la resistencia del corazón a amar de verdad y a entregarse auténticamente.

A pesar de todo, el amor de la familia sigue siendo también hoy una llamada que hemos de escuchar y descifrar. El amor conyugal y también el amor paterno-filial. La persona se resiste a vivir en el reducto de la individualidad sin hacer lugar a una apertura social que inicialmente se experimenta en la familia.

El egoísmo individual no es la vocación del ser humano. ¿No habrá que aprender a descubrir la belleza de la libertad y las exigencias de la disciplina social en ese lugar privilegiado que es la familia?

Individualismo egoísta y afirmación solidaria

23. Hemos enaltecido la dignidad del servicio a la comunidad cívica y hemos elogiado el compromiso generoso en el ámbito político-social. La sociedad ha tratado de buscar los cauces adecuados para que el poder se ponga al servicio del auténtico bien común y garantice el respeto de los derechos de todos los ciudadanos, sean cuales fueren su condición, creencias, procedencia, filiación política. Sin embargo, la duda y el escepticismo acerca de la validez de estos planteamientos cunde en amplios sectores de nuestra comunidad humana.

No debemos cerrar los ojos ante esta realidad. Ella puede ser una invitación para todos a fin de que descubramos, sea cual fuere el lugar social que ocupemos, en qué medida nos interesa realmente el bien de la comunidad cívico-política y el de cada uno de los sujetos que la integran. En particular, el futuro de los parados, el de los jóvenes sin trabajo, el de los pobres, el de los marginados. ¿Podemos quedar satisfechos con la idea, teórica y práctica, de que la sociedad es para estrujarla y aprovecharnos de ella, en aras exclusivamente de la utilidad personal?

Libertad participativa e intolerancia

24. Estamos en una sociedad en la que cada persona o cada grupo puede pensar y expresar con libertad sus opiniones acerca de la vida humana, los modos de organizar la vida social y los caminos para resolver sus problemas. El diálogo político-social es la vía ofrecida para el entendimiento mutuo y para la discusión previa a la toma de decisiones públicas. Las instituciones establecidas según las normas de la participación democrática ofrecen los cauces adecuados para la gestión de los intereses colectivos. Ofrecen también la posibilidad de mantener con firmeza las propias convicciones. Todo ello es reconocido como valor positivo de una sociedad respetuosa del hombre y de su dignidad.

25. Sin embargo, actitudes intolerantes que no excluyen el recurso a la violencia física de las amenazas, las extorsiones y los asesinatos, y utilizan la violencia moral sobre las mentes mediante la mentira, las deformaciones interesadas, las presiones sobre la opinión pública, hacen muy difícil e incluso imposible la convivencia pacífica. Somos muchos, la gran mayoría de la población, los que creemos que así no es posible alcanzar los objetivos de bienestar y progreso que necesitamos para nuestro pueblo y, en especial, para las nuevas generaciones.

Y no queremos olvidar que hay personas concretas que mueven los hilos de esta dinámica de violencia. ¿Están ellas, de verdad, más allá del bien y del mal? ¿Es su conciencia totalmente ajena a cualquier planteamiento ético apoyado en el valor y en la dignidad del ser humano, e incluso en la ley de Dios? ¿No hay en ellos lugar a algún resquicio de duda o de revisión en sus planteamientos y posicionamientos doctrinales y estratégicos? Queremos recordarles también a ellos que no hay causa alguna a cuyo servicio se puedan sacrificar la dignidad de la propia conciencia ética y la fidelidad a ella debida.

El deseo y el ser de las comunidades cristianas

26. Finalmente, nuestras comunidades cristianas afirman ser comunidades creyentes que quieren testificar, ante el pueblo en que están insertas y del que son parte, la verdad teórica y práctica del Evangelio de Jesús. Pretenden ser comunidades evangelizadas y evangelizadoras, signos vivos de una humanidad reconciliada, portadoras de esperanza, especialmente para los pobres y marginados, aliento de vida para cuantos han perdido la fe en el sentido de la existencia y experimentan la inconsistencia de una vida cerrada en sí misma. Tales aspiraciones deberían ser estímulo eficaz de compromisos evangélicos una y otra vez asumidos.

Pero ¿sucede realmente así? Corremos el riesgo de ser una Iglesia más ilustrada pero no más convertida. El anuncio y testimonio del Evangelio en el corazón del mundo es todavía débil. Nuestra voluntad de ser reconciliadores en una sociedad dividida y enfrentada no acaba de encontrar los cauces operativos adecuados. La alegría y la esperanza nacidas de nuestra fe no resultan un hecho social palpable. El compromiso en favor de los marginados y en contra de la marginación no llega a transformar nuestro estilo de vivir. Las palabras de Jesús nos siguen interpelando: “Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará?” (Mt 5,13).

C. SABER POSICIONARSE ANTE EL MUNDO DE HOY

Ser realistas y críticos para mejor conocernos y actuar

27. Lo hemos dicho ya. Lo que somos, lo que nos mueve a actuar, no es sólo fruto de nuestro querer personal. El medio cultural está y opera en cada persona humana, nos condiciona fuertemente, ensancha pero limita también nuestras posibilidades de actuación en la libertad. El momento histórico-cultural, en general y, en particular, el de nuestro pueblo, nos interesa también para descubrir campos de actuación ofrecidos a nuestro compromiso.

Creemos, por ello, importante invitaros a abrir los ojos y a descubrir la realidad tal cual ella es, con sus valores y contravalores, a fin de que os enfrentéis con ella en actitud de hacer el discernimiento adecuado desde la verdad de las propias convicciones. Lo que naturalmente nos urge a tenerlas, fundamentarlas y clarificarlas.

28. No puede darse por bueno y válido lo que se ve, se dice o se hace, solamente por el hecho de que tenga una vigencia generalizada, sea transmitido como mensaje explícito o subyacente por los medios de comunicación social, o venga dictado por la política de quienes a través de leyes o decisiones de gobierno ejercen el poder. Es necesario “hacer verdad” (Jn 3,21) y “caminar en la verdad” (2 Jn 4).

Sin encerrarnos en el pasado

29. Es importante que desmontemos, aun a trueque de suscitar desconfianza, compasión e incluso menosprecio, la mentira de ciertas afirmaciones que, ingenuamente aceptadas, podrían paralizar desde el comienzo el proceso de conversión que tratamos de animar y acompañar. Hemos de impedir que tales formas colectivas, de pensar y de actuar aniden en nuestra interioridad y nos paralicen.

Pero es importante también que recojamos de esta misma sociedad el mensaje del Espíritu que nos indica nuevas sendas para caminar hacia el futuro. El mundo en el que vivimos, aun siendo distinto del que antes conocimos y al que estábamos acostumbrados, no por ello es necesariamente peor. No carece de semillas de bien y de verdad, que hemos de tratar de descubrir y recoger.

Algunas convicciones inquebrantables

- ***Ciencia y fe***

30. No es verdad que la ciencia haya probado que la fe en Dios es el residuo de un pasado ya superado, inexorablemente condenado a desaparecer. La ciencia es impotente para afirmar o para negar la existencia de Dios. Ella debe reconocer sus propias limitaciones. Decir lo contrario es una mentira que nadie debería utilizar para engañar. Reconocemos con sorpresa y gratitud la magnitud de los éxitos logrados por los científicos dentro de su propio campo. Pero hemos de afirmar también que los temas del sentido de la existencia humana son ajenos a la ciencia.

Y hemos de devolver también a Dios su propia dignidad: aquélla que lo libera de nuestra pretensión de ponerlo a nuestro servicio y al de nuestros caducos intereses.

- ***Muerte de Dios y dignidad humana***

31. No es cierto que la muerte de Dios sea necesaria para liberar al hombre y restituirle la dignidad perdida por su sometimiento alienante al “Jaungoikoa”, al “Señor de cielos y tierra”. El Dios que se nos manifiesta en Jesucristo es el Dios que salva y libera al hombre. Le impide caer en la servidumbre de los ídolos. Reacciona contra la violencia de los poderosos que se enriquecen con la injusticia.

Y recibimos con humildad la invitación que nos hace el Espíritu a descubrir el verdadero rostro de Dios desde el rechazo del Dios cómplice de los factores de deshumanización del hombre.

- ***Modernidad y valores éticos***

32. Es abusivo quemar en el altar de una supuesta modernidad la vigencia de los valores éticos imprescindibles para salvar al hombre, a todo hombre, y reservar así a los poderosos y afortunados del destino la suerte privilegiada de afirmar, en exclusiva, su dignidad humana. Por el contrario, hemos de ser conscientes del riesgo que corremos, de sacrificar al hombre en aras de una versión falsa y “ligera” de la modernidad que elimina las bases “fundamentales” que sostienen la dignidad de las vidas desafortunadas. Ello no ha de ser obstáculo para discernir lo que es valor siempre vigente, también en el hoy de nuestro tiempo, de lo que es añadido histórico que con la historia ha de pasar.

- ***Placer y renuncia***

33. Supone una gravísima mutilación del ser humano fijarle como objetivo único de su existencia el disfrute del máximo placer que en cada momento o situación se le puede ofrecer. El placer es, en sí, una realidad positiva. Pero no puede ser elevado al primer puesto en el ranking de los objetivos a perseguir. La capacidad de diferirlo e, incluso, de renunciar a él es patrimonio de la persona que quiera hacer de la solidaridad uno de los constitutivos básicos de su existencia. El gozo y la alegría son experiencias más plenamente humanas que el mero placer, y están profundamente emparentados con la solidaridad entre las personas cuya vocación última y definitiva no es la muerte sino la vida.

- ***Tener y ser***

34. Es una grave equivocación valorar a la persona humana por su dinero y por sus riquezas. O por el poder que de ellos deriva. Degrada su dignidad estimarla por lo que tiene y no por lo que es. El afán creciente de poseer más y más esclaviza a quien se somete a él. No son malos los bienes materiales. Criaturas son de Dios, puestas al servicio del hombre y de la comunidad humana. Es tarea socialmente noble producirlos, en el respeto debido a la persona y a la misma naturaleza. Pero el hombre es más que todas las cosas; vale por lo que es y no por lo que tiene.

El descubrimiento del valor humano de la gratuidad abre unas perspectivas a las que es muy poco sensible la racionalidad de una eficacia incapaz de trascender los límites de la mera utilidad interesada y egoísta.

- ***Necesidad histórica y libertad***

35. No es conforme con la dignidad del ser humano renunciar a intervenir en la marcha de la historia y de los acontecimientos que la van realizando. El hombre no es sólo producto de la historia. Es también actor de ella, por medio de la acción individual y social. La sociedad es el lugar desde el que brotan persisten-

tes llamadas a la acción. La conciencia personal ha de saber escucharlas, interpretarlas y secundarlas.

A la vez, conocer la realidad y los mecanismos con los que ella opera, discernir con un juicio ético e integralmente humano esa realidad, actuar con medios eficaces y honestos para alcanzar los objetivos propuestos, han de ser expresión de un sano realismo que no se conforme con meras palabras o aspiraciones idealistas.

II.- EL TÉRMINO DE LLEGADA: LA NUEVA VIDA EN CRISTO

¿Dónde hallarlo?

36. Queremos convertirnos porque la situación en que nos hallamos o el modo de vida que llevamos no satisface nuestras apetencias más plenamente humanas. No es ésa la vida que uno presiente que habría de vivir. Hay una “crisis”, en el sentido más original de esta palabra, que afecta no sólo a lo que uno hace sino, más en el fondo, a lo que uno es.

La conversión implica un cambio. Pero, ¿a qué? Quien siente la urgencia de la conversión trata de salir del mundo oscuro del desorden ético-moral. Se siente llamado de las tinieblas a la luz (cfr. 1 P 2,9). Desea ser “hijo de la luz” y no “hijo de las tinieblas” (Col 1,12-13; Ef 5,8). De una u otra manera busca la luz, ¿dónde encontrarla? Tiende a una meta, ¿dónde ponerla?

La respuesta cristiana

37. La respuesta a estas preguntas será distinta según la postura con que uno se sitúe ante la vida y, en particular, según su posición ante las creencias religiosas. Creyentes y no creyentes pueden realizar juntos algunas etapas en el itinerario de la conversión. Este caminar juntos tiene un valor que no debe ser menospreciado. Revela la existencia de una experiencia común a ambos, que hace posible una relación evangelizadora. Desde esta experiencia compartida, el sentido de la fe puede aparecer con mayor luminosidad.

En todo caso, la luz que ilumine el camino y defina el término de la conversión, el cristiano la hallará, en definitiva, en el Dios que se nos ha manifestado en su Hijo Jesucristo. Esta luz nos revela que la conversión cristiana es algo más que una pura reforma ética de actitudes y comportamientos.

A. CONTENIDO ÉTICO-MORAL DE LA CONVERSIÓN

¿Conversión a la obediencia de la ley?

- *Trasgresión y culpa*

38. Una primera percepción de la urgencia del cambio puede consistir en la llamada al cumplimiento de la ley que hemos violado. La trasgresión de la ley moral induce espontáneamente, en quien reconoce su vigencia, el sentido de culpa y el temor al castigo. La voluntad de retornar a la observancia del precepto incumplido y de liberarse del sentimiento de la culpa o del temor al castigo, pueden alentar el cambio de comportamiento que es parte integrante de la conversión.

La educación de la conciencia moral desde la perspectiva dominante de la obediencia a los preceptos naturales o el cumplimiento de los mandamientos de

la ley de Dios, tiene mucho que ver en esta manera de interpretar las cosas. El temor de Dios ha sido inculcado como medio eficaz para asegurar el cumplimiento de las leyes morales.

- ***Deficiencias de una visión legalista de la conversión***

38^{bis}. Sin trivializar la seriedad de lo que tras esas realidades se esconde, hemos de descubrir y reconocer que una conversión entendida en términos de mero cumplimiento de la ley encuentra fuertes resistencias en la mentalidad actual. Además, esa manera de ver las cosas expresa muy imperfectamente el contenido de lo que ha de ser la auténtica conversión. Sólo con un lenguaje muy aproximativo y substancialmente incompleto es posible hablar de una conversión al “cumplimiento de la ley”.

Ante el riesgo de la aberración de creer que las cosas son buenas o malas por el hecho de estar permitidas o prohibidas, el hombre de hoy pide, no sin alguna razón, la justificación de los mandatos de la ley. Busca algo previo: comprender porqué son buenas o malas las acciones exigidas o prohibidas por la ley.

- ***La prueba de la obediencia***

39. No habrá que olvidar, sin embargo, que actitudes y posicionamientos ético-morales más luminosos y coherentes, solamente serán verdaderos y sinceros si la adhesión a ellos se expresa y concreta en la obediencia a lo que nos piden en cada situación concreta. En ella habrá de verificarse la verdad de la opción en favor de la práctica del bien y el rechazo del mal.

Conversión a los auténticos valores humanos

- ***Importancia de su vigencia social***

40. La conversión vista desde la perspectiva ética suele formularse también en términos de conversión a los valores. La persona humana habría de asumirlos y vivir en fidelidad a ellos para evitar negarse a sí misma. Los cristianos hablamos con frecuencia de la conversión a los valores del Reino de Dios.

Mantener viva la conciencia de la vigencia social de valores tales como la verdad, la justicia y la solidaridad, la dignidad inviolable de todos los seres humanos, la gratuidad, la esperanza y el gozo de existir, es una riqueza que los cristianos hemos de saber apreciar con especial sensibilidad.

- ***La acción del Espíritu en los hombres de buena voluntad***

41. En efecto, los cristianos sabemos que el Espíritu actúa también en el corazón de los no creyentes. La leal y sincera aceptación de los valores ético-morales es una expresión de su presencia. Los valores tienen la virtualidad de entrar en la totalidad del ser humano y de crear actitudes universales, válidas para todas las situaciones particulares. Capacitan para situarse de una forma más humana ante la vida. Existe en ellos una fuerza radical para provocar la conversión.

42. La vigencia de tales valores tiene mucho que ver con el respeto debido al hombre y a su dignidad. No son ellos imposiciones nacidas desde fuera del hombre, como si de conceptos o categorías abstractas se tratara. Las meras ideas separadas de la existencia humana difícilmente tienen consistencia suficiente para orientar eficazmente los comportamientos. Frente a idealismos ajenos a la realidad, los cristianos creemos que los valores son expresión del amor real que debemos a nuestros hermanos.

- ***Fe cristiana y valores humanos***

43. Estar presentes en la sociedad y en los centros en los que se va haciendo la vida humana ordinaria, a fin de que ésta responda coherentemente a las exigencias de los valores éticos, es una tarea para los cristianos. Y en su realización hemos de estar dispuestos siempre a “dar razón de nuestra esperanza” (1 P 3,1). Pues creemos que en la fe radica el fundamento más firme de la confianza depositada en unos valores que, más allá de las meras imposiciones, nos abren perspectivas de comunidad de vida en plenitud con Dios y con los hermanos, los hombres y mujeres de todos los tiempos. Pero la conversión cristiana es algo más que la adhesión teórica, vivencial y práctica a unos determinados valores.

Ley y valores asumidos en el misterio de vida y amor que Dios nos ofrece

- ***Una llamada de Dios...***

44. La conversión cristiana no ignora el cumplimiento de la ley, sino que la lleva a plenitud por el amor. No desprecia los auténticos valores humanos, sino que les da su pleno contenido y la última razón de su ser y de su fuerza. Pero afirma, además, la conversión a Dios y apunta hacia el término de la última consumación. Ella es inseparable de las últimas realidades (= escatología) y de los bienes del Reino ya presente entre nosotros.

45. Por esto, la conversión a la que nosotros os invitamos es la conversión a Dios y, más en concreto, la conversión cristiana a Dios. Estamos persuadidos de que es en Jesucristo donde se revela y manifiesta el sentido de nuestra existencia y que quienes se ponen en camino en esa dirección han iniciado el itinerario de la auténtica conversión: “Me levantaré e iré a mi Padre” (Lc 15,18). Nuestra palabra quiere ser una exhortación a escuchar la llamada que Dios nos hace, en Jesucristo y por medio de Jesucristo, a convertirnos a Él y al misterio de vida y de amor que Él nos ofrece.

- ***... estimulante, esperanzada y gozosa***

46. Solamente así entendida, la respuesta que demos a la llamada a la conversión:

- podrá tener el carácter activo, dinámico y estimulante que nos saque de nuestras apatías, cansancios y quizás desengaños;

- alcanzará a la globalidad de nuestra vida, permitiéndonos superar las divisiones y parcializaciones propias de nuestras vidas fragmentadas;
- estará animada por las perspectivas abiertas a la esperanza del encuentro prometido, no obstante los inevitables desgarrones y violencias que hayamos de hacernos;
- producirá el gozo y la alegría de haber hallado la vida compartida con quienes, como nosotros mismos, son amados por Dios y llamados a vivir en plenitud con Él y con los hermanos. Jesús vincula constantemente la conversión del pecador con la alegría del mismo Dios por la recuperación y renovación del ser humano (cfr. Lc 15,6-7.9-10.31).

Necesitada de ser desvelada

47. Quizás la expresión de “convertirse a Dios” no sea hoy tan significativa como debería serlo. El uso desvirtúa, con frecuencia, el significado de las más ricas expresiones. O, quizás, ideas y formas de pensar, no suficientemente aclaradas o discernidas, impidan la visión nítida de aspectos de la conversión ocultos a nuestra mirada. También aquí la mentalidad ambiental puede oscurecer el brillo que refleje la auténtica luz del misterio cristiano. De ahí la conveniencia de que tratemos de ayudarnos todos a descubrir lo que significa “convertirnos a Dios”. Con todo, no será suficiente exponer con claridad la naturaleza de la conversión cristiana. El débil sentido de Dios en nuestra sociedad es una dificultad capital para comprender vitalmente lo que significa convertirse a Dios. Sólo si Él se nos vuelve “real”, convertirnos será para nosotros un valor apetecido.

B. DIMENSIONES TEOLÓGICAS DE LA CONVERSIÓN

Una llamada que es expresión del querer de Dios

48. Es la primera sorpresa con la que tropezamos. Supone un giro completo en nuestras perspectivas. Creíamos que ante la experiencia de nuestra “caída”, o frente al desorden de nuestro “pecado”, o ante la tristeza y la desilusión producida por la pérdida del auténtico rostro humano, o ante el temor producido por la percepción de la propia culpa, éramos nosotros los que reaccionábamos para tomar la iniciativa de la conversión.

La realidad es muy distinta y ciertamente más consoladora. Es “Otro” el que, antes que uno mismo, se interesa e inquieta ante nuestra situación. Antes que una voluntad nacida desde dentro de nosotros mismos, hay una llamada surgida desde Dios. Hay un interés por la humanidad y por cada persona individualizada, que se expresa en forma de un deseo de intervenir en nuestro favor. Es el deseo que nace del amor de quien es más fuerte que nosotros mismos. No hemos de olvidar que, cuando estamos caídos, hay un Padre que “nos ve desde lejos y sale a nuestro encuentro” (Lc 15,20); cuando estamos perdidos, hay un Pastor que viene a buscarnos (cfr. Lc 15,4-7).

49. Frente al desengaño producido por la propia debilidad surge la reacción de Aquél que nos ama, se acerca lleno de condescendencia y nos llama. Por ello

mismo sólo los humildes son capaces de oír esa llamada. La invitación a la conversión es la voz del amor. La del amor de un Dios que no reacciona vengándose sino re-creando algo que está deteriorado. Quizás el hombre de hoy, aun sin querer confesarlo, siente la urgente necesidad de que se le diga que hay quien se interesa por él, para resolver no sus problemas, sino “su problema”, el que parece no tener solución, el de la vida misma. También en estos tiempos hemos de saber que “el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10).

Una oferta de vida

50. La conversión está unida a la idea del perdón. Siendo ello así, la llamada de Dios a la conversión es vista desde la idea del perdón ofrecido y la reparación de la ofensa a Él realizada. Así es en realidad. Pero no es toda la realidad. La llamada a la conversión es también y sobre todo una oferta de “gracia”, es decir, una oferta de vida. Convertirse a Dios es ponerse en camino de vivir más, de ser más plenamente persona y de colmar las mejores aspiraciones. Es el descubrimiento de que la vida humana sigue siendo una posibilidad, porque Dios anda por medio, interesado en hacerla realidad y ofreciéndola como un don.

51. En la conversión, el creyente sabe que acoge el don de una vida más plenamente humana, fruto de la acción de Dios, que repara lo que estaba deteriorado y hace revivir lo que estaba muerto. Pecar es siempre abandonar la vida que Dios nos ofrece. Así dice Dios, según el bello texto de Jeremías: “Me habéis abandonado a mí, manantial de aguas vivas, para excavaros cisternas agrietadas incapaces de retener el agua” (cfr. Jr 2,13). Convertirse, por el contrario, es volver a la vida. Una vida que en Jesucristo alcanza su máxima expresión de perfección y plenitud, se hace también vida en quien ha renacido en él por el agua y por el Espíritu.

Por ello, la conversión inicial y la que se va realizando progresivamente son una experiencia de gozo y de alegría, nacida de la satisfacción de vivir. Las renunciaciones que la conversión importa no han de ser vistas como mutilación del ser humano. Son el medio de eliminar los obstáculos que impiden el discurrir de una corriente de vida que, partiendo de Aquél que la posee en abundancia, se hace realidad en cuantos están abiertos a acogerla. Ésta es la llamada constante de los profetas al pueblo alejado de Dios: “¡Si volvieras, Israel...! ¡Si volvieras a mí! ¡Si quitaras tus monstruos abominables y no huyeras de mí!” (Jr 4,1).

Acogida desde la fe

52. La llamada de Dios pide una respuesta, su oferta postula una acogida. Una y otra se contienen en la “obediencia de la fe” (Rm 1,5). El esfuerzo será imprescindible para alcanzar la meta de la conversión, pero el logro de la nueva vida será, ante todo, el fruto de la confianza puesta en Dios por medio de la fe.

Antes que trabajo de ascesis, la conversión ha de ser un encuentro personal con el Dios merecedor de la confianza humana. Tal es el rostro de Dios que nos

han ido revelando cuantos han venido hablándonos de Él, hasta el último de los Profetas, el propio Hijo de Dios. El cristiano se convierte a Dios porque escucha su palabra, se fía de ella, la acoge y la obedece.

53. Jesús es el Profeta que nos transmite la palabra del Padre, pero es también la expresión histórica de una vida humana, plenamente vivida por haber estado inundada de la Vida de Dios. Acoger a Jesús por la fe; reconocer en Él “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6) del hombre no deformado por el pecado sino santificado por el Espíritu; depositar en Él una confianza radical, total y englobante. Ésta es la auténtica conversión cristiana, portadora de un dinamismo que nos conducirá por los caminos que por nosotros Él anduvo, hasta la meta que para nosotros Él conquistó.

Sellada por el Bautismo

54. Convertirse, creer, bautizarse están íntimamente ligados entre sí. Antes aún que la Penitencia, el Bautismo es el sacramento fundamental de la conversión cristiana. En él “morimos” a la negatividad del pecado y “resucitamos” a la positividad de la nueva vida en Jesucristo. Por él nos incorporamos, dejando otros caminos, a la comunidad de seguidores de Jesús (Rm 6,1-11; Hch 2,38-41).

Esta relación profunda entre la conversión y el bautismo aparece claramente en el bautismo de los adultos: quien ha descubierto al Señor por la fe y se siente llamado a convertirse, da el paso decisivo de su conversión efectiva y pública recibiendo el sacramento del bautismo.

Pero el bautismo no es solamente término de la conversión. Es, en cada uno de nosotros, principio activo que suscita una dinámica de continua conversión. Nos capacita y nos exige recorrer el itinerario de la conversión. La celebración del sacramento de la Penitencia es así un momento privilegiado para revivir el Bautismo, recogiendo y relanzando el dinamismo de conversión que nace de él.

Para vivir la plenitud del amor

55. La conversión es la llamada a una vida auténtica que es entendida como amor. Es el “amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rm 5,5), el que crea en nosotros “un corazón nuevo” (Jr 31,35; Ez 36,26-27). En este amor se nos revela la vida de Dios. El amor es también la vida de quienes quieren hacer propia la vida de Dios. Es la más profunda vocación del ser humano. Quien se fía de Dios, se fía también de las más radicales exigencias del amor. El ser humano no tiene que sacrificar el amor para poder subsistir. Ello daría lugar a su más radical frustración. Quien se convierte sigue creyendo que nada puede haber en la historia humana que impida a la persona seguir siempre amando, hasta la cruz aceptada y aun amada, si es ése el camino necesario para amar.

Un amor que no hace rivales a Dios y al hombre, por la supuesta necesidad de optar por uno y otro. El amor a Dios no hace lejanos a los hombres, que ya no interesarían porque se habría hallado algo que vale más que ellos. Tampoco el amor al hombre ignora a Dios, porque crea que ya no necesita de Él para realizarse. El amor cristiano es un amor único, total, que se explica a sí mismo desde la llamada universal a la comunicación y a la comunión, hechas posibles en Cristo. Éste es precisamente el deseo último de Jesús: “Que todos sean uno como tú, Padre, en mí y yo en ti” (Jn 17,21), que “el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos” (Jn 17,26).

56. Los auténticos valores humanos de la verdad, la justicia, la libertad y otros que pudiéramos recordar, dejan de ser imperativos abstractos y se convierten en la expresión humana de unas realidades superiores y trascendentes. Ellos nos revelan el misterio de una vida que es para experimentar el gozo y la alegría del amor.

Precisamente por ello, el arrepentimiento es nota integrante de la verdadera conversión. Es la experiencia de quien descubre haber corrido fuera del camino y, por ello, haber perdido vida. Éstos son los sentimientos de quien vuelve a Dios: “Ten piedad de mí, oh Dios, según tu amor... Lávame a fondo de mi culpa, purifícame de mi pecado... Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio... Devuélveme la alegría de tu salvación” (Sal 50,3.12.14). Es el retorno, desde la separación, y la lejanía, a Aquél en quien podíamos haber amado, de verdad, a todos los humanos, sin excluir a nadie, sin abusar de ninguno, haciendo más presente para ellos el Reino y los valores que lo autentifican.

En el seguimiento de Jesús

57. La conversión puede exigirnos cambios perceptibles incluso desde fuera de nosotros mismos. En todo caso, la conversión no consiste en esos cambios. Ella es “un” cambio, la subversión del corazón, la que se origina tras la opción hecha por un camino, el del seguimiento de Jesús.

Tal opción tiende a convertirse en el principio unificador de la vida, aun en medio de las oscuridades que son inevitables cuando intentamos descubrir en cada situación cuál es el camino marcado por Él. Seguir a Jesús sigue siendo el eje fundamental de nuestra vida a pesar de la experiencia de las debilidades de nuestra fe y de los desfallecimientos de nuestra voluntad, atraída por las llamadas “tentaciones” y “escándalos” que nos invitan a dejar el camino emprendido.

58. El seguimiento no cierra el camino a la sorpresa de lo imprevisto o de lo nunca imaginado. De ellas está compuesta la vida humana y es ésta la que, convertidos, hemos de vivir. Sin idealismos que sean fruto de la imaginación o de los deseos evanescentes. El seguimiento es también disposición a aceptar, sin mirar a lo que dejamos atrás (cfr. Lc 1,62), las consecuencias de una opción a la que no queremos renunciar. Aunque quizás no hubiéramos pensado que nos llevara tan lejos en el conflicto con nosotros mismos o con el mundo que nos rodea.

59. El seguimiento, en fin, nos hace experimentar la conversión como un proceso en el que dejamos que Jesucristo vaya completando la obra iniciada. En esta vida, la conversión del creyente nunca está consumada o acabada. Es tan duradera como la vida misma y apunta al momento final de la existencia “terminada” y, así, “completada”. El creyente nunca renuncia a la ilusión de vivir hasta que el Señor vuelva. Entretanto, sigue siempre caminando tras Él, en la ofrenda hecha de la propia vida al amor de los hermanos.

En suma, el seguimiento “funda la libertad, orienta las opciones, sostiene en las realizaciones, hace despreocuparse de los cálculos, desencadena fidelidad e invención y construye el ‘nosotros’ de la comunidad” (*Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, p. 1261).

Para construir el Reino

60. El Reino es el mismo Jesús, pero solamente los que se hacen violencia lo consiguen (cfr. Mt 11,12). Es Él mismo, pero su presencia se ha de dejar sentir también en el ámbito de las relaciones sociales. Hemos de hacer el Reino o, mejor, hemos de hacer sitio para que el Reino se haga presente y operativo. Es imprescindible nuestro esfuerzo personal y colectivo. El “hacer” del horizonte no puede faltar junto al “ofrecer” de Dios. Uno y otro van completando, en una acción conjunta que no es posible separar, la obra maravillosa de re-hacer lo que el pecado había destrozado y sigue deshaciendo dentro y fuera de nosotros.

La conversión es una tarea. Tiene sus exigencias, incluso su estrategia psicológica para poner en marcha los mecanismos humanos que aseguren la imprescindible colaboración personal. Es así verdad, a la vez, que es Dios quien nos convierte y somos cada uno de nosotros quienes nos convertimos, y se entiende la oración del profeta: “Conviérteme y yo me convertiré” (Jr 31,18).

61. La cruz estará presente en nuestro caminar. Nos lo dijo el mismo Jesús: “Si alguno quiere venir tras de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lc 9,23). La cruz que nace de la misma contingencia y pequeñez humana. La que se clava en nuestra carne, en nuestros sentimientos y hasta en nuestro propio espíritu que se resiste a fiarse de Dios y de su Hijo. La que nos prepara un mundo que se guía por unos criterios que no son los de Jesús y que ignora, contradice o persigue a quien los denuncia. Pero una cruz llevada con amor y por amor. Porque no olvidamos que hemos escogido el amor como proyecto de una vida, capaz incluso de abarcar y querer a quienes no nos quieren bien y nos persiguen.

C. EL ESPÍRITU DEL SEGUIMIENTO A JESÚS

Conversión y bienaventuranzas

62. La conversión exigirá cambios en los comportamientos pero, os lo decíamos, ella misma es ya un cambio radical, fuente de las transformaciones que después habrán de seguir. Es el cambio del corazón. Quien se convierte a Dios,

en Jesucristo, trata de hacer suyo el espíritu de Jesús. El mismo espíritu que ha de animar las relaciones entre las personas a fin de que se haga más presente el Reino de Dios. Quien se fía de Jesús hace suyo un nuevo espíritu con el que situarse ante la vida. Lo descubrimos en las palabras y en la vida de Jesús. Lo encontramos formulado en el “sermón de la montaña”, en las “Bienaventuranzas” (Mt 5,3-10; Lc 6,20-23).

Patrimonio común de la comunidad cristiana

63. Durante mucho tiempo, las bienaventuranzas han sido tratadas como patrimonio exclusivo de las personas consagradas en la “vida religiosa”. Parecían reservadas a ciertos espíritus privilegiados, llamados a la “perfección”. Afortunadamente, esta mentalidad ha cambiado dentro de la Iglesia. La fe y el bautismo son realidades previas a cualquier concreción posterior de vida cristiana. Y las bienaventuranzas hunden sus raíces en el ser de todo cristiano, como derivación espontánea de la fe del creyente y de la consagración bautismal.

Sentimos el gozo de haber recuperado, para toda la comunidad cristiana y para cada uno de sus miembros, el tesoro espiritual que es el espíritu de las bienaventuranzas. Por pura coherencia con cuanto hemos dicho hasta ahora, es necesario que las incorporemos a la sustancia misma de la conversión cristiana.

Expresión de la Buena Noticia de Jesús

64. Al leerlas o al oír las, nos parece descubrir algo distinto, más cálido y humano y, a la vez, más explícitamente cristiano, que las resonancias en nosotros provocadas por la afirmación de los valores de la verdad, la justicia, la libertad. Pero, por otra parte, su lenguaje paradójico parece restar credibilidad a unas expresiones que chocan, de entrada, con la más elemental racionalidad. ¿Utopía? ¿Ruptura? En cualquier caso, no podemos permitirnos la solución de la huida, precisamente ante un mensaje que se nos ofrece como la más genuina expresión del espíritu de Jesús.

Las bienaventuranzas son expresión de la Buena Noticia del Evangelio, que debe ser comunicada a todos los que quieren, de verdad, convertirse a Jesucristo. Fiarse de Jesús implica también fiarse de las bienaventuranzas. Ellas nos dicen cuál es el espíritu del corazón convertido y “alterado” en sus planteamientos por la conversión. La “sub-versión” de la conversión produce espontáneamente la sub-versión de los valores descubiertos, amados e incorporados al convertirnos.

Dimensión escatológica y actualidad histórica

65. Es cierto. Las bienaventuranzas sólo pueden ser entendidas desde una perspectiva escatológica, al igual que la misma conversión cristiana. Serán plena realidad en la vida definitiva, más allá de la historia. Pero la vida cristiana es vida ya aquí, con sus características propias en el pensar y en el actuar, en las

actitudes y en los criterios. Por esta razón, las bienaventuranzas deben encarnarse ya en nuestra vida concreta e histórica. También ellas son para nosotros y para nuestro tiempo. Su perspectiva de futuro no debe entenderse en el sentido de un consuelo o de una retribución posterior. Siempre se trata en ellas de la afirmación de un futuro que lleva consigo la transformación radical del presente.

“El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertios (= cambio de forma de pensar) y creed en el Evangelio” (Mc 1,15). Si toda la conversión pide un cambio de pensar, esa necesidad se hace particularmente patente cuando tratamos de asumir la paradoja de las bienaventuranzas. Cambiar en los modos de pensar y en los criterios afincados en el corazón de cada uno; rechazar los criterios establecidos en una sociedad que, de hecho, entra en conflicto con el sentir de Jesús. Es lo que nos piden las bienaventuranzas.

Interpretadas desde la realidad histórica

66. Las bienaventuranzas se entienden como forma auténtica de liberación del ser humano cuando, después de haber oído y escuchado la llamada de Jesús a la conversión, nos enfrentamos sin miedo y con lucidez a las formas de pensar imperantes en el mundo en que vivimos. Especialmente cuando uno llega a descubrir que las grandes afirmaciones en favor del hombre, de sus derechos y de los valores que los protegen, se convierten en una peligrosa mentira, próxima a la hipocresía, si no están verificadas y autenticadas por un espíritu, el de las bienaventuranzas, que altere los mecanismos de la mera racionalidad de los intereses humanos.

La historia misma se convierte así en la mejor vía para interpretar el sentido de las bienaventuranzas y para reconocer su fuerza transformadora. Con tal que esa historia sea leída con la limpieza de corazón de quien está dispuesto a hacer del amor el móvil permanente e indeclinable de sus comportamientos.

Un intento de lectura cara al mundo de hoy

• *Ante la lógica del dinero y del poder (Mt 5,3)*

67. Jesús denuncia la servidumbre que en el hombre produce la obediencia a la lógica del dinero y del poder. Desvela la mentira que entraña poner la confianza en ellos con la esperanza de alcanzar así la plenitud humana y la felicidad. Sobre todo, condena el dinero y el poder que se convierten espontáneamente en instrumento de violencia cometida contra los pobres y los débiles (cfr. Lc 16, 19-31). Una violencia que es incompatible con el amor.

• *Ante la tentación del poder y de la eficacia (Mt 5,4)*

68. El hombre de hoy está orgulloso de sus conquistas. La ciencia ha ampliado el campo de su actuación en forma insospechada. Nada parece resistir a la eficacia de los medios de que dispone. La conquista del espacio y los logros de la in-

geniería genética son indicadores manifiestos de sus posibilidades. Pero ese mismo hombre es incapaz de controlar el poder que ha sabido crear. Éste se vuelve sobre el mismo hombre al ser utilizado como instrumento de dominación. No sólo la naturaleza; también las personas se convierten en objetos que es posible manipular y utilizar. El poder y la eficacia dictan los modos de actuación, al margen de toda valoración auténticamente humana. En ellos se pone la clave del éxito. Pero Jesús no lo cree así. Los mansos, los que saben esperar con paciencia, los que tienen fe en las personas, los que saben escoger caminos de entendimiento y de persuasión en la libertad, más bien que la servidumbre de la imposición y del dominio. Son los que poseen en herencia la tierra por haber conquistado por el amor el corazón de sus hermanos.

- ***Ante la autosuficiencia de los satisfechos (Mt 5,5)***

69. Jesús sabe que quien está saciado no espera nada de nadie. Una humanidad que se cree capaz de colmar sus propias aspiraciones, sin ningún vacío que cubrir, autosuficiente, confiada en sus posibilidades actuales o futuras, no tiene necesidad de recurrir a nadie. Tampoco a Dios. Pero ésta es una gran mentira. Jesús nos lo dice. Son muchos los que lloran. Y nadie que se enfrente a su propia verdad podrá ocultar motivos reales, no artificiosamente creados, de sufrimiento humano. La persona humana lleva en sí misma el germen de la propia destrucción. Es dichoso quien sepa reconocerlo y abrir el corazón a quien pueda ofrecerle la salvación.

70. Es fuerte la tentación humana de ver el mundo desde la perspectiva egoísta y exclusiva de la propia utilidad. Ello mancha la vida, de pecado y de injusticia, solamente por el hecho de despreocuparse de los demás. La insolidaridad produce injusticia en las relaciones humanas. La produce también en las personas que se sitúan al margen, porque nada tienen que ver con lo que sucede fuera de sí o del ámbito de lo suyo. Querer justicia, más justicia, para los demás y para sí mismos, mantener la inquietud de hacer más presente el Reino, sin la autocomplacencia del “justo” cumplidor de la ley. Seguir caminando tras objetivos nunca plenamente alcanzados, para hacer más sitio a la justicia de Dios. También los que proceden así serán dichosos.

- ***Ante el pobre que está junto a nosotros (Mt 5,7)***

71. Jesús quiere recordarnos que, detrás de las grandes palabras que utilizamos y de los programas que proyectamos, hay personas que siguen sufriendo también hoy. No era necesario experimentar la realidad de la crisis de lo que pretenciosamente llamábamos “el Estado de bienestar”, para topar con el dolor de las personas. Dolor de muchas clases. Cada persona que sufre es una llamada al corazón del hermano que sabe responder desde la cercanía. Jesús no comparte la actitud de quien se desentiende del sufrimiento de los demás porque estima que la “sociedad” ha de resolver todos los problemas de todas las personas. Hemos de atender por medio de las grandes políticas económicas y sociales a los pobres que siempre tendremos con nosotros. Pero hemos de hacerlo también desde el cariño del hermano “misericordioso”.

- ***En un mundo en paz con el pecado, dichosos los limpios (Mt 5,8)***

72. Jesús sabía que es de dentro del corazón de donde salen las intenciones malas, los asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias (Mt 15,19). Y que, por ello mismo, el hombre necesita recubrirse con el dorado traje de la hipocresía. Hasta el punto de empeñarnos en ocultar lo que somos y en aparecer lo que no somos. Es la defensa de nuestra debilidad y también de nuestra malicia. Esta defensa se convierte fácilmente en engaño cuando creemos estar protegidos de la mirada y del juicio de la Verdad de Dios y de nuestra propia conciencia. La injusticia nos impide ver a Dios; la pérdida del sentido de Dios oscurece el sentido de la justicia. Vivimos manchados porque no somos capaces de ver a Dios... y decimos que la conciencia de pecado es el residuo de una morbosa debilidad psicológica o herencia de un pasado superado. Confundimos el sentimiento morboso de culpa, que nos paraliza y siembra insatisfacción y agresividad, con la conciencia saludable de pecado que nos dinamiza, nos pacifica y nos impulsa a la reconciliación. Pero Él nos dice que somos dichosos si somos capaces de vernos en Dios y, ante Él, deseamos ser limpios de corazón.

- ***Ante la dialéctica de la violencia y la guerra (Mt 5,9)***

73. “Bienaventurados los que buscan la paz”, nos dice Jesús. Nos recuerda así que la paz se puede hallar y que la guerra no es una necesidad. Si la paz es posible, es una responsabilidad de los hombres y mujeres el hacerla buscando los caminos adecuados para ello. La falta de paz no es sólo una desgracia. Es un mal que nace del hombre y que no debe existir. Hay quienes mantienen la injusticia para evitar la guerra. Hay quienes provocan la guerra bajo pretexto de hacer la paz. Jesús nos urge a salir de estos juegos sangrientos del pensamiento y aun de los juicios éticos. Nos dice que hay que ver las cosas de otra manera. De lo contrario el amor no será realidad y el Reino de Dios no estará entre nosotros. Los hijos de Dios trabajan por la paz y, en la medida de sus posibilidades, la hacen.

- ***Dichosos si os persiguen por mi nombre (Mt 5,10)***

74. Jesús nos dice que nos injuriarán, perseguirán y dirán con mentira toda clase de mal contra nosotros. Hemos salido a la palestra del mundo en que vivimos, a luchar en favor de la verdad y de la justicia. El mundo no tolera a quien de verdad lo ama y, por ello, le dice la verdad. Persigue a los profetas, se resiste a los cambios que ponen en peligro las situaciones adquiridas por el pecado, no tolera a quienes alteran la tranquilidad ficticia de unas conciencias seguras. Cuando esto nos sucediere, alegrémonos y regocijémonos, porque es una señal de que estamos en el camino que nos lleva no sólo a la cruz de la justicia y del amor, sino también al alumbramiento a una vida nueva. “Vuestra recompensa será grande en los cielos” (Mt 5,12).

Vivir en la verdad

75. Realmente las Bienaventuranzas de Jesús son una magnífica lección que nos sitúa en la verdad del hombre metido en la historia, también en la nuestra.

Quizás las hemos entendido superficialmente y, por ello, les hemos negado actualidad. Para el creyente deben tenerla. Hemos de empeñarnos en recuperarla. En ellas está el espíritu de una verdadera y gozosa conversión. Son palabra de la Verdad. Y todo el que es de la verdad escucha su voz (cfr. Jn 18,37).

III.- EL CAMINO: UN ITINERARIO PERSONAL

Los pasos de un itinerario progresivo y permanente

76. La conversión nunca es instantánea. Ni siquiera en Saulo de Tarso la caída del caballo fue, por sí sola, la conversión. Fue solamente su momento inicial (cfr. Hch 9,1-18). El cambio de una situación definida como increencia, tibieza religiosa, desorden moral, pecado... a otra que pueda llamarse de conversión, nos enfrenta con la ineludible necesidad de recorrer un camino. Un camino de seguimiento a Jesús que ha de durar toda la vida. La conversión ha de ser un proceso permanente e inacabado hasta el momento del encuentro definitivo con el Padre.

En un sentido estricto, el auténtico camino de conversión no es otro que Jesús. Él nos ha dicho expresamente, hablando de sí mismo, que es el camino que conduce al Padre (Jn 14,6). El camino de la conversión al Padre no es otro que Jesús. Por esto, al invitaros a seguir un camino de conversión, en verdad queremos referirnos a un itinerario adecuado a la psicología de la persona humana, con la que necesariamente hemos de contar. Se trata de dar unos pasos que nos ayuden a incorporarnos al camino que es Jesús para, por Él, encontrarnos con el Padre.

A manera de referencias

77. No es nuestra intención fijar un itinerario estereotipado por el que todo el mundo ha de pasar. La diversidad de psicologías, formas de ser y situaciones personales no lo toleraría. Sería vana la pretensión de fijar cauces a la acción del Espíritu que actúa, de forma imprevista, donde quiere, como quiere y cuando quiere. Sólo pretendemos fijar unos puntos de referencia que pueden ser útiles a cuantos quieran recurrir a ellos y ver retratado su propio proceso, comprenderlo mejor y entregarse más intensamente a vivirlo.

A. LAS EXPERIENCIAS DE IÑIGO DE LOYOLA

La acción del espíritu que está en la Iglesia...

78. Con esta finalidad os proponemos, siquiera brevemente, los hitos fundamentales del proceso de conversión de Iñigo de Loyola. No es un recurso artificioso ni de mera oportunidad. Las experiencias de los santos son una manera, acomodada a nuestra forma humana de ser, de expresarse el Espíritu que está en la Iglesia. También los santos han sido hombres y mujeres de carne y hueso, como nosotros lo somos.

En ellos vemos reflejadas nuestras debilidades. Pero también nuestras posibilidades. Las que provienen de nuestra condición humana y las que surgen de la acción del Espíritu. En los santos se refleja lo humano de los santificados pero también la sabiduría y la gracia del Espíritu que los santifica.

... y actuó en Iñigo de Loyola

79. Como modelo iluminador y estimulante del proceso de conversión, sentimos a Iñigo de Loyola especialmente cercano a nosotros. Celebramos el V Centenario de su nacimiento. Hijo del pueblo vasco, perteneció por su bautismo a la Iglesia de Pamplona. Es patrono de las de Bilbao y San Sebastián. El valor pedagógico de su propia conversión recogida en su autobiografía, su experiencia de acompañamiento de tantas personas en el caminar hacia Dios, y el tesoro inagotable del libro de los Ejercicios Espirituales, hacen de él un ejemplo y maestro que sigue manteniendo su fuerza a través de los siglos.

Al evocarlo, queremos también dar gracias al Padre Dios, de quien procede todo bien, por el don hecho a la Iglesia de su tiempo y a la de hoy en la persona de este hombre privilegiado, al que consideramos especialmente nuestro por tantos títulos.

De la postración a la decisión firme y comprometedora

- ***La experiencia de la debilidad***

80. El caminar de Iñigo de Loyola hacia la conversión se inició a partir de la experiencia dramática que para él supuso caer herido en Pamplona. A la herida siguió una situación de postración física y moral, en el rincón de un castillo cuya caída en manos de los enemigos era inevitable e inminente. Fue una experiencia nueva que le descubrió una parte de su ser que seguramente antes nunca había visto. También en Iñigo de Loyola había lugar a la debilidad. Poco tiempo después la experimentó de manera más radical ante la presencia de síntomas que *suelen ser de muerte*, hasta el punto de que *fue aconsejado que se confesase*, como efectivamente lo hizo.

- ***Reflexión y añoranza***

81. Pero Iñigo salió de aquéllas y entró en un largo proceso de curación y convalecencia. Ello le dio oportunidad para entrar en sí mismo: *algunas veces se paraba a pensar*. Lo hacía un hombre que hasta entonces *se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra; y aunque era aficionado a la fe, no vivía nada conforme a ella, ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en cosas de mujeres y en revueltas, y en cosas de armas*. No es extraño que al pararse a pensar, todo este mundo de ilusiones y experiencias en el que había vivido hasta entonces, fuera objeto de su reflexión.

De su reflexión y de su añoranza. La herida y el trance de muerte no lo habían convertido, a pesar de su confesión. Su preocupación era la de recuperar la buena compostura *porque determinaba seguir el mundo*, sumergiéndose en él a través de la ficción imaginaria de los libros de caballerías. El encuentro inicial de Iñigo de Loyola no fue con su realidad más profunda sino con el mundo de sus imaginaciones. En todo caso, la enfermedad le ofreció la oportunidad de vivir un tiempo de silencio exterior que posteriormente abriría el camino a otras

formas más hondas de silencio interior y harían posibles análisis más finos y sutiles de los deseos más íntimos de su espíritu.

- ***Atraído por lo mejor***

82. Iñigo no tuvo en la casa-torre de Loyola los libros de caballería que le habría gustado leer. Sólo pudo disponer de una vida de Jesús (*“Vita Christi”*) y de biografías de santos (*“Flos sanctorum”*). Una circunstancia, al parecer poco importante, que cambiaría el curso de su vida. Él no fue indiferente ante el estímulo que el bien visto y admirado en otros produce en el corazón abierto a mejores y más nobles aspiraciones. Leyendo la vida de Cristo y de los santos *se para a pensar, razonando consigo: ¿qué sería si yo hiciese esto que hizo san Francisco y esto que hizo santo Domingo?* Pero éstos no eran sus únicos pensamientos, pues seguía enamorado de una dama inaccesible *más que condesa ni duquesa* y estaba *con esto envanecido*, confundiendo el deseo con la realidad.

- ***La división y el conflicto interior***

83. En esta *sucesión de pensamientos*, Iñigo tuvo la experiencia de la división y del conflicto interior. No le rompía por dentro, en aquel momento, la división entre el querer y el hacer. Fácilmente los identificaba en su imaginación, ayudado por la complicidad de una inquebrantable confianza en sí mismo. Lo dividían dos querer incompatibles ante los que tenía que decidirse y optar. Percibió *la diversidad de espíritus que se agitaban* en su interior. Los sueños mundanos, después de abandonados, lo dejaban *seco y descontento*. En cambio, tras sus ilusiones de imitar a los santos, aun después de pasadas, *quedaba contento y alegre. Y se le abrieron un poco los ojos y comenzó a maravillarse de esta diversidad.*

- ***Con la gracia de Dios empezó a ser otro hombre***

84. La división interior no le dejó indiferente. *Y comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia de ella.* Es Iñigo el que, ante el descubrimiento del pecado de su vida anterior, sigue decidiendo, sigue pensando, sigue deseando. Pero es también el momento en el que entra explícitamente la referencia a Dios, del que siente necesitar para realizar sus propósitos *con la gracia de Dios*, percibe la consolación proveniente de una manifestación sobrenatural y siente un fuerte asco *de toda la vida pasada*. Antes de cambiar en su modo de vivir, Iñigo de Loyola había experimentado un profundo cambio interior. Era ya otro. Habría de comenzar a actuar. Una nueva coherencia había de producirse entre la voluntad y la acción, entre el sentir y la vida, en una persona que no resistía la división entre el querer y el ser. Y empezó a ser otro hombre.

- ***Ruptura y libertad***

85. No podía ser otro sin un cambio exterior adaptado a la mutación internamente experimentada. Cambio que había de formularse en términos de ruptura, en dos momentos distintos pero inseparables: la resistencia a la tentación del volverse atrás y la puesta en marcha, en libertad, para seguir el nuevo camino.

Su hermano *con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder y que mire cuánta esperanza tiene de él la gente y cuánto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía.* Con prudencia no exenta de astucia, Iñigo *se descabulló de su hermano.* Y se puso a caminar para realizar, en libertad, el proyecto de vida que él imaginaba y que las circunstancias se encargarían de orientar por senderos diferentes.

86. Los planes cambiarían, pero no así el proyecto radical de su vida. Iñigo sabía lo que hasta entonces había sido. Conocía cuál era el camino escogido para el futuro. Desconocía a dónde le llevaría éste. En ningún caso renunciaría a él. Selló la ruptura con el pasado mediante la confesión hecha a un monje de Montserrat, que duró tres días. Antes había hecho en Aranzazu su voto de castidad. Depositó sus armas como ex-votos en Montserrat y, despojándose de sus preciosos vestidos, los dio a un pobre y vistió el burdo sayal de peregrino. La vida distinta había ya comenzado.

B. SEGUIR EL PROPIO CAMINO

87. Cada uno de nosotros hemos de escuchar también en esta Cuaresma la llamada a la conversión, sea cual fuere la situación espiritual en que nos hallemos. Nuestro caminar no ha terminado. Seguimos adelante en la vida. Ésta es, ella misma, una oportunidad insistentemente reiterada, para hacer camino con el Señor, junto con Él y en Él.

A la luz de las reflexiones formuladas en los capítulos anteriores y a partir del recorrido que hemos analizado en Iñigo de Loyola, os ofrecemos algunas orientaciones prácticas para no deteneros y caminar. O quizás, ¿quién lo sabe?, para iniciar algo totalmente nuevo. Quizás, sin saber porqué, es la hora de la salvación prevista y querida por Dios.

Nunca hay lugar a la desesperación

88. Una convicción profunda debe inundar la vida de toda persona, sea cual fuere su actitud o posición religiosa, moral o meramente humana. Dios ama a cada hombre, quiere su conversión, sin que lo olvide nunca, ni siquiera en la lejanía voluntaria en la que uno haya querido situarse. El Padre bueno sigue oteando el horizonte de cada persona a la que ama individualmente, a fin de ver si hay en ella un inicio al menos de voluntad de retorno. Aun estando lejos, Él nos ve (cfr. Lc 15,20) y sigue el hilo de cada historia.

Ignoramos la palabra que Dios nos dirige a través de las voces de los acontecimientos de la vida. Ello no quiere decir que esa palabra no exista. Quizás inesperadamente se nos desvele. O la entenderemos más tarde. Con todo, de algo hemos de estar absolutamente ciertos: la única palabra que no hemos de escuchar nunca es la palabra “desesperación”. La vocación a la vida persiste y Dios es suficientemente fuerte y poderoso para impedir que se frustre. Dios “no es un Dios de muertos sino de vivos” (Mc 12,27).

No hemos de perder la capacidad de sorprendernos. Abiertos a la sorpresa de lo inesperado, podremos percibir qué hay más allá de lo que inmediatamente experimentamos. Hasta las piedras pueden hablar para anunciarnos el paso del Señor (Lc 19,40). También pueden hacerlo las sombras de la duda, las preguntas sin respuesta, las alegrías limpias, el hedor de nuestro pecado, el sinsentido de tantas cosas que pasan sin saber para qué, hasta el propio fracaso. ¿Cuál puede ser, entre tantas voces, la palabra que el Señor nos dice?

Recuperar la autoestima personal

89. Precisamente porque somos personas y, siendo creyentes, con mayor razón aún, hemos de recuperar la conciencia de la autoestima personal. Así lo pide la dignidad que queremos nos sea socialmente reconocida. No soy un puro efecto de la sociedad ni una parte anónima de ella. Soy un ser con nombre y apellido. Mucho más importante y valioso que el número con el que figuro en las estadísticas o los planes político-sociales.

No soy tampoco un ser anónimo para Dios. Él me conoce singularmente y me ama personalmente. Su amor me dignifica. Por muy envilecido que esté, por muy culpable que me sienta, por mucho que me cueste apreciarme a mí mismo, no me miro con verdad mientras no recupere la estima de mí mismo. El amor de Dios me da una dignidad que ha de ser el fundamento inquebrantable de mi autoestima personal.

Hay algo personal e irreductible que distingue a cada individuo del todo social. Ahí radica el fundamento del valor que se le debe. Llámese conciencia, subjetividad, personalidad. Hay un núcleo intransferible que vale y hay que valorar. Es el “yo” de cada uno. Hay una pregunta legítima, más aún, ineludible e intransferible: ¿qué he de hacer con mi “yo”?

90. Frente a las utilizaciones interesadas y a las manipulaciones programadas, es urgente redescubrir el soporte de la autoestima. No es coherente hablar de manipulación y, a renglón seguido, perderse en el impersonal de un “se” dice, “se” piensa, en el que se ocultará muy probablemente algún centro de poder y de interés que hace, dice y piensa por mí. La vinculación a Dios ha de ser un hilo que nos impida caer en la servidumbre de unos ídolos a los que alguien puede querer sacrificarnos. A ningún “César” hay que dar lo que sólo pertenece a Dios (cfr. Mc 12,17).

Pararse para hacer silencio

91. Hay mucho ruido fuera de nosotros. Lo hay también dentro. Tenemos miedo al silencio, reflejo del que tenemos a estar solos. Quizás porque presentimos que habríamos de topar con el propio yo y con “su” problema. Somos demasiado débiles y frágiles para estar y caminar solos. Preferimos que alguien nos acompañe. Al menos el ruido.

Las actividades de cada día, aun las más legítimas, son también ruido. Ellas nos hablan de tareas, de compromisos, de respuestas a dar, de plazos a cubrir. Sobre todo, de intereses. De lo que no nos hablan es del sentido de todo ello. Hay que pararse para poder hacer silencio. Quizás hemos tenido alguna vez esa experiencia que luego no se ha repetido. O no la hemos tenido nunca. ¿Por qué no buscarla? Es más insoportable el hastío del ruido que la inquietud del silencio.

92. Si queremos sentirnos distintos, “nosotros mismos”, hemos de poner distancia. La distancia que existe entre el “yo” de la propia conciencia y “lo otro” de la sociedad se percibe mucho más nítidamente en la rica y prometedora experiencia de la mirada interior. La diferencia del ser se hace conciencia en la distancia del silencio. No es el silencio de la muerte, sino el de la intimidad. No en vano reivindicamos, con razón, el derecho a la intimidad. Pero hemos de hacerlo con todas las consecuencias.

Oír otras voces y descubrir otros mundos

93. En el silencio se pueden oír otras voces distintas de las habituales. Voces que nos transmiten otras palabras, otro lenguaje, otro mundo que no deja de existir por el hecho de no percibirlo explícitamente. Un mundo que hay que descubrir.

Oír y descubrir la palabra del corazón, del espíritu, del deseo inconfesado, de la aspiración no explicitada, la voz de lo indecible que cuesta traducir en palabras.

Oír la palabra escrita, la del libro por el que me siento interpelado, y me obliga a reflexionar y a hacerme planteamientos. Oír, en particular, la palabra escrita de Dios, recogida en la Sagrada Escritura, leída pausadamente y sin prisa, descubierta y expresada en sus íntimos contenidos por quienes la han estudiado, la han orado y la han practicado.

Oír la palabra viva pronunciada en la comunidad cristiana, en los grupos de oración, en el silencio de las casas de espiritualidad, en los monasterios, en los Ejercicios Espirituales. Oír la palabra que Dios me dirige por medio de la Iglesia que contiene la memoria viva de Jesús o que ofrece el testimonio de la santidad de quienes tomaron antes y toman ahora en serio el seguimiento de Jesús.

Discernimiento y diálogo religioso

94. La palabra escuchada en el silencio penetra, ilumina, juzga (cfr. Heb 4,12-13). Prepara el discernimiento de las actitudes, de los sentimientos, de los deseos más profundos. El silencio no es aislamiento. Es una plataforma desde la que se percibe el palpitar de la vida, el escenario del mundo en el que uno está implicado, las posturas con las que uno se enfrenta a la totalidad de la realidad.

Esa palabra escuchada en el silencio provoca aceptaciones y rechazos, temores y vacilaciones, aspiraciones y proyectos audaces, renunciadas liberadoras o lamentables claudicaciones. La complejidad interior es percibida como división, como unidad rota, como totalidad fragmentada. Toda esa compleja realidad necesita de luz que la ilumine, criterios que la valoren, resortes de actuación cara al futuro, motivaciones. Si Dios ha estado presente ahí, el diálogo religioso surgirá y, con él, la llamada, la insinuación, la oferta y quizás la respuesta o el deseo de recibirla.

95. Tal vez Dios seguirá en el silencio. Aunque sea así, no dejará de actuar. Su hora llegará. Él actúa siempre (cfr. Jn 5,17). La paciencia de Dios abarca la historia del mundo, también la de cada persona. La impaciencia no aumenta la velocidad de los procesos. Lo que importa es no dejar de buscar, no retirarse de la empresa iniciada.

La hora de la decisión y de la tentación

96. La conversión no se reduce a una mera reflexión o juego de sentimientos. La vida no cambia solamente por el hecho de ver, sentir y juzgar las cosas de otra manera distinta. Ello es muy útil y aun necesario. Pero ha de darse un paso más. El deseo y la voluntad deben implicarse en una decisión coherente con el proyecto de vida que hemos de iniciar, confirmar o potenciar. En toda hipótesis, se afirmará un proyecto de vida en totalidad, es decir, traducido en amor a Dios y a los hermanos. No basta decir “Señor, Señor”, para estar en el Reino de Dios. Es necesario hacer la voluntad del Padre (cfr. Mt 7,21).

Donde hay amor, el temor queda marginado (cfr. 1 Jn 4,18), renace la alegría ilusionada o, al menos, la confianza en la vida y en Aquél que nos sostiene. El amor va unido a la esperanza. Nada queda igual allí por donde pasa el Señor, en una Pascua renovada y liberadora.

Aun así, la fe seguirá siendo oscura, el mundo continuará opaco y sin transparencia de luz divina, las presiones humanas mantendrán una división nunca definitivamente asumida en la cohesión del ser unificado por el espíritu. La “tentación” será siempre un riesgo. También el hastío de los buenos, el cansancio psicológico, la renuncia a seguir caminando.

Y de la fortaleza compartida

97. Es la hora de actualizar la firmeza de la voluntad. El momento también de seguir creyendo en el amor de un Dios que no sólo llama sino que también “arrastra” porque va por delante, haciendo el camino que nosotros queremos andar tras Él. Es, una vez más, la hora de la “gracia” pedida, dada, acogida, de la humildad confiada, de la seguridad renovada en quien nos ama.

Y es también la hora de pedir el apoyo del asesoramiento humano, el acompañamiento de la persona amiga, merecedora de nuestra confianza, capaz de decirnos la verdad y de sostenernos en ella, de descubrirnos nuestros propios

engaños y de recordarnos realidades ya conocidas pero que es bueno escucharlas de la boca de otros. Pues dentro de nosotros llevamos la grieta de la debilidad que se convierte en llamada a la alteridad reconfortante de “otro”.

Un proceso de oración

98. No lo hemos dicho expresamente. Quizás no era necesario. Sabiendo o sin saberlo, hemos ido viviendo en el camino un proceso de oración. El interlocutor, Dios mismo, ha estado con nosotros y nos ha acompañado. Mucho más desde dentro de lo que pudiéramos pensar y expresar. Él ha sido siempre el “Otro” que no nos ha dejado solos nunca. De no haber sido así, nada de todo esto habría sucedido. No habría habido más que vacío sin consistencia.

Saberlo, reconocerlo, decirlo, esto es oración. Una oración que anima nuestra relación con las realidades trascendentes. Una oración que las interioriza por la vía de un diálogo en el que es posible entenderse con aquél a quien amamos. Una oración que abre, en fin, el camino para encontrarse con el rostro bueno del Dios manifestado en Jesucristo. Es la oración silenciosa al “Padre que ve en lo secreto” (Mt 6,6).

99. Quizás la oración que acompaña nuestro itinerario parezca no hallar otro eco que el de un gran silencio, frío y oscuro. Pero en su impresionante soledad, despierta el anhelo de quien sigue creyendo porque se resiste a perderse en la nada impersonal del olvido eterno. La oración que sigue siendo, ante todo, fe y confianza.

Tienen razón los que piensan que, hoy más que nunca, el hombre necesita de esta dimensión de su ser que llamamos apertura a la trascendencia, vivida y percibida, y que los creyentes llamamos oración. “Orar es abrir nuestro yo al Tú infinito en comunidad” (G. Marcel).

Encuentro sacramental con la Iglesia

100. Dios ha estado presente en la búsqueda del hombre de buena voluntad. Al cristiano le ha acompañado también la comunidad cristiana. Es ella la que le ha conservado y ofrecido la memoria viva de Jesús. Quizás, en el caminar sereno o agitado, el creyente ha sentido la necesidad de una “comunión con los santos”, el ansia de la fuerza santificadora del Espíritu que actúa por la palabra y los sacramentos. Es normal que en el itinerario de la conversión, el cristiano que camina quiera encontrarse más explícitamente con la Iglesia, para recibir a través de ella y celebrar con ella el encuentro del perdón y de la paz con Dios, en Jesucristo.

101. El rechazo y la repulsa de lo que no se quiere volver a vivir necesita ser prometido y ratificado. La culpa y el pecado hay que “decirlos”. Hay mucho de psicología en el sacramento del perdón. No en vano es signo que expresa realidades humanas tan profundas. Pero hay mucho más; hay palabra de Dios pronunciada y escuchada: “Vete en paz” y vive al estilo de Jesús la vida reparada,

renovada, reanimada. Con la alegría de la culpa redimida, con el gozo de haber gustado el proyecto de vida que se ofrece para el futuro de la propia historia, en solidaridad con los hermanos.

102. Se encuentra también con la Iglesia para la Eucaristía, el banquete de la fraternidad, el anuncio de una vida que ha de hacerse desde el amor, la promesa de una consumación que tendrá lugar cuando Él venga, el anticipo de la plenitud de los tiempos y de la vida. Cada uno de los convertidos a Dios tendrá entonces la experiencia inagotable de que era posible colmar la llamada del corazón humano al amor y a la unidad, porque tal llamada era vocación de Dios, que Él mismo se ha complacido en realizar.

El momento de actuar en la vida total

103. Llega, por fin, el momento de “hacer”, la hora de los compromisos y de las acciones, la prueba que verifique la autenticidad y la verdad del cambio. Es el tiempo de la afirmación, de la confesión de la fe y del testimonio de la vida. El de la renuncia eficaz al pecado y a todo lo que impedía positivamente el seguimiento de Jesús. Es la hora de descubrir, en las situaciones concretas de la vida, cuáles son las exigencias definidas del amor a Dios, a los hermanos y a la comunidad humana.

104. El cristiano que se convierte al seguimiento de Jesucristo no se separa por ello del mundo, de la sociedad y, ni siquiera, de sí mismo y de sus propios problemas. Tampoco de la comunidad cristiana y de sus necesidades y proyectos. Por el contrario, se sumerge en la vida que es relación histórica con todo su entorno a fin de hacer presente en él el espíritu de las bienaventuranzas. Desde su pobreza, quiere ser agente de paz y de justicia, portador de consuelo y esperanza, cercano al que sufre, sabedor de que su propio caminar con la cruz tiene una salida de vida en el Reino de Dios, en el que descubre ya la presencia del triunfo del Resucitado.

Los problemas de los hombres son también sus propios problemas, a los que hace su aporte para resolverlos según su vocación y sus posibilidades reales. Cree en la belleza y en la grandeza de la gratuidad. Sabe llorar con los que lloran y alegrarse con los que se alegran, en virtud de una cercanía afectiva que es fruto del amor sincero. Sabe, en fin, que en sus buenas obras es glorificado el Padre que está en los cielos (cfr. Mt 5,16).

IV.- EL ECO DE LA LLAMADA DE DIOS

105. A lo largo de esta Carta Pastoral hemos querido ofreceros la palabra de un Dios que, desde el amor, os invita, llama y urge a la conversión. No hemos buscado otra cosa que transmitir os la Buena Noticia de la salvación, a fin de que nos dispongamos a recibir la vida que, nacida de Dios, dura para siempre. Ahora, cumpliendo la misión que nos asigna nuestro ministerio pastoral, os dirigimos unas palabras que intentan ayudaros a aplicar el mensaje de la conversión a las diversas situaciones de vuestra vida. No pretendemos otra cosa que ser el eco, necesariamente débil, de la llamada de Dios.

A los sacerdotes

106. Nos dirigimos primeramente a vosotros, hermanos y amigos sacerdotes. Lo hacemos conscientes de que estas palabras son también para nosotros, los obispos, que con vosotros participamos del sacerdocio ministerial de Jesucristo. La invitación a la conversión al amor de Dios y de los hombres es una gracia que no hemos de ignorar ni menospreciar. A lo largo de esta Cuaresma hemos de ser, de forma especial, servidores del ministerio de la conversión y la reconciliación de los demás. Pero hemos de sentirnos también personalmente llamados a incorporarnos al proceso de conversión que se vivirá en las comunidades cristianas que nos han sido confiadas.

- ***Reavivar la gracia del ministerio***

107. Os invitamos a reavivar la gracia que habéis recibido por la imposición de las manos del Obispo (1 Tm 4,14) para el servicio del Evangelio. Desearíais que vuestro ministerio fuera más apreciado por la sociedad e incluso por las mismas comunidades cristianas. Pero sabéis que el valor de vuestro servicio no se mide por el aprecio que los hombres de hoy puedan hacer de él. Frecuentemente los hombres necesitamos más aquello que menos echamos en falta. Un elemento de nuestra conversión ha de consistir en creer en el valor del ministerio presbiteral al que habéis entregado vuestras vidas.

- ***Una serena alegría y ayuda mutua***

108. Evitad, sobre todo, la desilusión y falta de esperanza que fácilmente pueden derivar en tristeza e incluso en amargura encubierta. Somos mensajeros de la Buena Noticia de la Vida que es amor a Dios y a los hermanos. Creemos que Jesús acertó viviendo como lo hizo, aunque hubiera de sufrir. Sería normal que nuestras vidas reflejaran la serena alegría, no superficial sino honda, nacida de la experiencia de sentirnos salvados en el Señor. La alegría es signo y fruto de la auténtica conversión (cfr. Flp 4,4-5).

Ayudaos en los trabajos apostólicos que realizáis. Pero, sobre todo, ayudaos unos a otros a ser más gozosamente creyentes, por medio de la oración compartida, la cercanía acogedora, el consejo libre, prudente y fiel al Evangelio,

la amistad sincera y el sano disfrute del ocio y del descanso (cfr. *Presbyterorum ordinis*, n. 8).

- ***Testigos***

109. Sed testigos del Evangelio de Jesús por el testimonio de la palabra y por la manifestación de una vida inspirada, en todo momento, por el deseo de servir. En nuestro pueblo, por tantas razones dividido, tratad de ser agentes de unidad, de reconciliación y de paz. No podréis dar la razón a todos en todo. Pero nadie os puede impedir amar a todos sin discriminaciones, y particularmente a los más pobres y marginados.

A las familias

La conversión es una llamada a vivir más intensamente el amor cristiano. Esta llamada tiene que ser oída en la familia. En ésta ha de hacerse presente el amor en formas particularmente delicadas y, a la vez, con un sorprendente realismo.

- ***Importancia de la familia***

110. Queremos deciros, antes que otra cosa, que también hoy sois una realidad muy importante en la sociedad y en la Iglesia. Así lo pensamos y así os lo decimos. Somos concedores de los numerosos ataques que experimenta la institución familiar en el contexto de la sociedad actual. No faltan quienes creen que ella ha cumplido ya su función histórica, por muy rica que ésta haya sido en el pasado. No lo creemos así. La familia, en la sociedad civil, es un núcleo comunitario fundamental. La comunidad cristiana ve en ella una verdadera “iglesia doméstica”.

Nuestra invitación es a que recuperéis el valor y estima por la familia. No es fácil luchar en favor de lo que no se cree. Es difícil fortalecer aquello a lo que no se le asigna una misión. Recuperad el aprecio por la dignidad y el valor de vuestras familias.

- ***Amor y conflictos familiares***

111. El amor está en la base de la familia. El amor conyugal, el amor paterno-filial, el amor entre hermanos, el amor a vuestros mayores. En Jesucristo el amor de los esposos adquiere una dignidad especial y en el sacramento del matrimonio se afirma la llamada permanente a ser fieles, firmes, esperanzados en el amor. La familia es una comunidad de amor por su propia naturaleza. Para una familia, la llamada a la conversión es ante todo una llamada al amor, a su defensa, a su purificación, al progreso en el amor.

Conocemos la existencia de conflictos intrafamiliares y no nos son desconocidas las raíces socio-culturales y religiosas que los originan. Pero sabemos también la importancia que el comportamiento de las personas concretas tiene en la superación y solución de tales conflictos. El diálogo, la comprensión y el

perdón han de ser formas concretas de vivir la vida familiar inspirada en el amor. Sin olvidar que la firmeza, sobre todo la que se apoya en la convicción y en la honestidad personal, es también actitud válida y necesaria en quien quiere de verdad a las personas y es portadora de una responsabilidad sobre ellas.

No crean los padres que lo de antes que ellos vivieron es, sin más, lo mejor o lo bueno. Pero no rechacen los hijos el pasado solamente por el hecho de que ahora ya “no se lleva”. Lo distinto no ha de confundirse, sin más, ni con lo malo ni con lo bueno. El esfuerzo de reflexión compartida puede ser vía de solución de conflictos o, al menos, cercanía afectiva que mantenga la cohesión de una comunidad de vida que quiere seguir unida.

- ***Familia unida pero abierta***

112. La unión entre los diversos miembros de una familia es una de sus riquezas más estimables. Las diferencias naturales entre el esposo y la esposa por su propia condición de hombre y de mujer, y las generacionales entre padres e hijos, no deben quebrar esa unidad; han de enriquecerla con la variedad por el mutuo amor que debe aglutinar a todos.

Pero dicha unidad no debe degenerar en un egoísmo colectivo. La familia necesita de la sociedad y de la Iglesia para poder realizarse. Pero tiene que contribuir también al bien de la una y de la otra. La familia tiene una función social que cumplir (véase Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 44). Cuando los miembros de una familia son capaces de sacrificarse los unos por los otros, pero no saben hacer propias las preocupaciones de los demás, nace un egoísmo colectivo que termina corroyendo la vida del hogar. Una familia cerrada sobre sí misma se ahoga en su propia cerrazón. Al revés, una familia abierta a su entorno social y eclesial se enriquece más cuanto más da a los demás.

- ***Una “iglesia doméstica”***

113. La familia está llamada a ser una pequeña “iglesia doméstica”. El nombre puede ser desconocido, la realidad es muy antigua. Quiere decir que ella es un lugar humano en el que se educa en la fe y en la práctica de la vida cristiana. Los padres no podéis abdicar de esta tarea, dejándola en manos de la escuela o de la misma parroquia. Éstas llegarían demasiado tarde en el proceso evolutivo de la personalidad de los hijos. Por otra parte, el acompañamiento familiar ha de ser un elemento espontáneo e imprescindible en el desarrollo de la fe y la vida cristiana.

No os dejéis desorientar por engañosas apelaciones a la libertad del niño. Es éste un ser radicalmente indigente y sujeto a la inevitable influencia de otros distintos de sí. Los padres son quienes han de asumir por naturaleza esa hermosa tarea de “influir” en el corazón y el espíritu de los hijos. De no hacerlo ellos, habrá otros que lo hagan desde diversas posiciones ideológicas. Acoged a vuestros hijos y, al hacerlo, asumid también la hermosa responsabilidad de educarlos integralmente. También en la fe y en la vida cristiana.

La fe compartida por todos los miembros de la familia es un gran regalo de Dios. Muchos podéis sufrir profundamente porque algunos de vuestros hijos viven al margen de la fe que, con tanto interés, les habéis ofrecido. Testificadla discreta e incansablemente ante ellos. Mantened el diálogo. Orad por la fe de vuestros hijos.

A los adultos

- ***Autonomía y conversión***

114. Nos acercamos a vosotros para dirigiros una palabra con afectuoso respeto. Somos conscientes de la multiplicidad e importancia de las tareas y responsabilidades que recaen sobre vosotros, hombres y mujeres de nuestro pueblo. Os vemos en las labores de la vida familiar, en el mundo del trabajo y de la profesión, en los centros educativos y culturales, en las tareas administrativas, en la atención sanitaria, en las instituciones públicas, en el ejercicio de los cargos sindicales y políticos. Entre todos estáis construyendo un pueblo, una sociedad, un futuro. Reivindicáis ante la Iglesia y ante otras confesiones religiosas, una legítima autonomía, que queréis ejercer con vuestra competencia profesional y cívica. Nos alegramos con los éxitos de vuestros esfuerzos. Compartimos también vuestros sufrimientos y penas ante la dificultad de lograr otros objetivos propuestos y no alcanzados.

Queremos deciros que también a vosotros se dirige la llamada a la conversión que, aunque viene de la Iglesia, no es de la Iglesia. Lo decimos con humildad pero con convicción, es la llamada de Dios la que quiere ella que oigáis en vuestras conciencias. Es la llamada pronunciada en la interioridad de vuestro ser o, dicho más sencillamente, es la llamada que os invita a buscar la verdad de vuestras vidas. Quisiéramos que os hicierais estas preguntas: en definitiva, ¿qué buscáis? ¿a quién servís? ¿qué esperáis? Quisiéramos que os ayudaran a situaros en el horizonte de Dios.

- ***Al servicio de la justicia, cara a Dios***

115. No invadimos vuestro campo. Solamente deseamos ofreceros lo mejor: el gozo de una honestidad puesta al servicio de la sociedad que, de una manera u otra, está condicionada por vuestra forma personal y colectiva de actuar. Queremos recordaros algo que para todos es muy importante y, nos atrevemos a decir, constituye la medida última de vuestro éxito o fracaso: ninguna vida es intrascendente, pues de ella brota algo al servicio del bien o del mal. Sois creadores de justicia o injusticia, de libertad o de opresión, de concordia o de división, de verdad o de mentira, de autenticidad o de hipocresía. También vosotros podéis ser dichosos, bienaventurados, si sois capaces de sentir “hambre y sed de justicia” y de luchar por ella. “Buscad el Reino de Dios y su justicia” (Mt 6,33).

Os invitamos, no a arrancaros de la trama de vuestras vidas, sino a situaros en ella cara a Dios. Os pedimos un acto de valentía para enfrentaros con vuestra propia vida. También para cada uno de vosotros, Dios es el Salvador y Liberador. En esto todos somos iguales. Si nos sintiéramos así, nos hallaríamos todos

más cercanos, más respetuosos, más veraces. Tomaríamos mejor la medida real de las cosas, de los acontecimientos y de la historia. Seríamos más hermanos y, por ello, menos egoístas y autosuficientes.

- ***Colaborar al gozo de vivir***

116. Tenéis una hermosa tarea entre manos, la de transmitir a los demás el gozo de la vida, creando los medios y las condiciones objetivas que lo hagan posible. Es verdad que la sociedad tiene que cambiar. No es menos cierto que las personas tenemos que cambiar. Podemos empezar ya desde ahora. También eso se llama conversión.

A los jóvenes

117. Nuestra palabra a vosotros, los jóvenes, va dirigida con afecto e interés particulares. Antes de hablaros queremos hacer nuestra la mirada de Jesús. La que fijó en el joven hacia el que sintió un amor que no quiso ocultar. Quizás tengáis la impresión de que no conseguimos crear entre vosotros y nosotros la sintonía que sería necesaria para comunicarnos en profundidad. No por ello renunciamos a deciros una palabra.

- ***Dificultades con que tropezáis***

118. Os ha tocado vivir en un mundo difícil y en muchos aspectos contradictorio. Junto a hermosas afirmaciones que podrían responder a vuestros más generosos ideales, tropezáis con una realidad que os hace pensar que tales afirmaciones no pasan de ser puras palabras vacías de contenido. Es un mundo que parece poseer y ofrecer todo lo que necesitaríais para alcanzar una vida plenamente realizada. De hecho, descubriste que, para muchos de vosotros, se cierran las puertas y los caminos que os gustaría recorrer aún a costa de esfuerzos y sacrificios. Todo ello es, en ocasiones, causa de una deprimente frustración.

La tentación de derivar hacia posturas de pura negatividad es inevitable. De hecho, no son pocos los que discurren por tales senderos. No queremos ofrecer el falso consuelo de una fácil comprensión, que a poco conduciría. Queremos más bien deciros que cada una de vuestras vidas es irrepetible y habéis de valorarla como tal. No merece la pena estropearla ni echarla a perder. Tu “yo” es expresión de una vida que está inexorablemente vinculada a un horizonte en el que está Dios. Un Dios que, más allá de las percepciones inmediatas, está interesado por ti.

- ***El riesgo de la contradicción***

119. Os invitamos a no caer vosotros mismos en la contradicción. Denunciáis, con razón, los esquemas del consumismo superficial, el egoísmo individualista, el utilitarismo sin ideal, la manipulación del poder y de los medios de comunicación social, la competitividad arrolladora. Pero luego sufrís por vuestra impotencia o incapacidad para montaros en el mismo carro. Tiene que haber otros horizontes que vuestro espíritu ha de ser capaz de descubrir y vivir.

- ***La validez de Jesucristo hoy***

120. Jesucristo sigue teniendo actualidad y respuesta para vuestras más nobles aspiraciones. Él sigue siendo “el Jefe que lleva a la Vida” (Hch 3,15). Quizás seáis vosotros quienes mejor lo podéis entender. Él quiso que las cosas cambiaran con su presencia, con su palabra y con sus comportamientos. También vosotros compartís las mismas aspiraciones, a pesar de vuestras oscuridades interiores y, porqué no decirlo, también debilidades.

La llamada a la conversión que nos viene de Dios puede resonar en vosotros como una exigencia de coherencia interior y exterior. Jesús fue un modelo particularmente importante desde esta perspectiva de unidad interior y de autenticidad práctica. En Él no hubo sí y no; “en Él no hubo más que Sí” (2 Cor 1,19). Y no hubo sólo palabras. Toda su vida fue una Palabra permanentemente dicha y mantenida. Os invitamos a encontraros con ella y a ser capaces de escucharla y secundarla. Nuestra mayor aspiración es, os decimos con el corazón, la de no defraudaros, por nuestra propia debilidad, en la presentación de la oferta que os hacemos del mensaje de Jesús.

A nuestros mayores

- ***Hay vida en vosotros***

121. También a vosotros, nuestros mayores, os dirigimos una palabra de conversión. Puede pareceros superflua. Quizás penséis que vuestra vida está ya hecha y no hay porqué pensar en cambiarla. Bien porque lo avanzado de la edad no os permite alterar el curso de una existencia que consideráis ya gastada. Bien porque la enfermedad ha cortado vuestras aspiraciones antes de lo que hubierais esperado. Quizás a no pocos, sin ser mayores, causas económicas y sociales han cerrado el camino a la actividad profesional.

Queremos deciros, antes de cualquier otra cosa, que el ritmo de la vida del espíritu no coincide con el que os imponen la limitación de las fuerzas físicas o las circunstancias históricas. Las aspiraciones más nobles y generosas pueden tener todavía cabida en vuestro corazón. La larga experiencia de la vida, hecha de tantas situaciones y actuaciones diversas, ha podido sedimentar en una visión más acertada de los acontecimientos humanos y de su valoración. Sabéis situar mejor las cosas en su justa medida. Tenéis tiempo para reflexionar. También para orar.

- ***Haced el bien***

122. Disponéis de una riqueza humana de la que no debéis privar a cuantos conviven con vosotros. No penséis sólo en vosotros mismos; pensar también en los demás. No os fijéis sólo en lo que esperáis recibir, sino también en lo que podéis ofrecer. Podéis ser portadores de mutua comprensión y de paz en la familia y en la sociedad.

Disponéis todavía de tiempo y también de fuerzas; podéis ponerlos al servicio de otras personas más necesitadas de compañía, de consuelo y de ayuda. No se lo neguéis. Tratad de hacer la vida más agradable a los demás. No escatiméis la colaboración que, desde obras e instituciones de todas clases, puedan solicitar de vosotros para bien de la sociedad. Tampoco se la neguéis a la comunidad cristiana y a sus obras y servicios. En las familias podéis ser los primeros educadores de la fe de los más pequeños. En ocasiones, los padres no tienen tiempo o sensibilidad religiosa suficiente para hablar de Dios a sus hijos y para enseñarles las primeras formas de expresión religiosa.

- ***Fiaros de Dios***

123. Y vosotros mismos, volveos a Dios, poneos cara a Él. Quizás experimentéis su presencia más próxima que en otras épocas de vuestra vida. Él no os quiere menos de lo que vosotros queréis a los vuestros. Confiaos a Él. La riqueza de lo que ha sido vuestra existencia no se pierde para siempre si la ponéis en sus manos. También la historia de vuestras deficiencias puede tener remedio si os acercáis confiadamente a Él. Estad seguros de que nunca estaréis solos, aun cuando os hayan dejado aquellos a quienes más quisisteis. Creed al Señor cuando os dice: “Yo soy la Resurrección, yo soy la Vida” (Jn 11,25).

A cuantos estáis especialmente consagrados

124. Sois, ante todo, cristianos, bautizados, creyentes. Éste es vuestro mayor motivo de alegría y el fundamento de vuestra consagración especial. Os lo dijo el Concilio. Vuestra “peculiar consagración radica íntimamente en la consagración del bautismo y la expresa más plenamente” (*Perfectae charitatis*, n. 5). No sois diferentes de los cristianos. Pero sois portadores de una vocación particular. No tenéis porqué ignorarla ni ocultarla. Sois vosotros mismos los primeros que debéis valorarla a fin de que la respuesta a ella sea más consciente, más plena y más gratificante.

- ***En el espíritu de las bienaventuranzas***

125. Os invitamos a descubrir, afirmar y potenciar el dinamismo de conversión que, enraizado en el Bautismo, es propio de vuestros votos y de vuestra consagración. El amor está en la raíz de vuestra entrega, el amor es el objetivo de vuestra vida. Vuestra peculiar forma de vivirla no puede ser otra cosa que una vía de acceso privilegiada para hacer de la vida una plena entrega de amor servicial (cfr. PC, nn. 5 y 6).

Las bienaventuranzas han de tener en vosotros una especial resonancia. No como imposición definida en forma de votos o compromisos, sino como expresión de un espíritu en el que os sentís más libres para seguir a Jesucristo. No son las vuestras unas vidas mutiladas o recortadas. Pretenden ser una manera de vivir los valores del Reino de Dios, que es ya realidad presente entre nosotros. Para muchos, ese Reino sigue oculto, imperceptible. Podéis ser para ellos una auténtica “epifanía”, una sorprendente manifestación.

- ***Testimonios de “contraste”***

126. Vosotros mismos y vuestras comunidades estáis llamados a ser testigos de realidades que están en “contraste” con supuestos valores del mundo de hoy. Os corresponde ser evangélicamente radicales en una sociedad conformista y en una Iglesia tentada frecuentemente por la acomodación a los criterios del mundo. Solamente podréis ser percibidos como tales testigos si vuestra vida está tonificada por la alegría de vivir así. De esta manera, hallarán en vosotros una respuesta quienes, con razón, buscan algo “distinto” y más auténtico.

- ***En la misericordia***

127. Os invitamos, en especial, a ser vidas poseídas por la “misericordia”, por un amor universal que tiene la preferencia por los más pobres y marginados. No pretendáis entrar en competencia con las realidades del mundo por la grandeza de vuestras obras. Tratad de abrir nuevos caminos a la cercanía del que sufre, amándolo en la gratitud. Sed especialmente competentes en vuestra capacidad de amar, incluso con “exceso”, es decir, sin medida. Y seréis y apareceréis, en verdad, bienaventurados.

A las comunidades cristianas

128. A lo largo de esta Cuaresma, en las comunidades cristianas se oirá más intensamente la palabra de Dios que invita a la conversión. Las celebraciones litúrgicas tendrán un marcado cariz penitencial. La Pascua será la expresión celebrativa y gozosa del triunfo de Cristo Resucitado. Ella nos asegura el triunfo de la vida sobre la muerte. La manifestación de la fuerza de Dios, que devolvió la vida al Crucificado, será el fundamento más sólido de la esperanza cristiana cara a la vida que nos es ofrecida en el Señor.

- ***Autenticidad personal***

129. Las comunidades cristianas se convertirán en la medida en que nos convirtamos cada uno de nosotros. Por esta razón, es preciso que nos esforcemos en interiorizar y personalizar las actuaciones comunitarias orientadas a la conversión cuaresmal y a las celebraciones pascuales. Escuchad, hermanos, la invitación a convertirnos más plenamente al Señor, sea cual fuere vuestra edad, condición económica y social, u otra circunstancia personal. Os invitamos a que vuestra participación en los actos de culto comunitarios sea veraz. Lo será si los sentimientos internos responden a lo que los ritos externos significan.

- ***Conversión comunitaria***

130. Pero la llamada a la conversión debe ser interpelativa también para las mismas comunidades cristianas. Queremos insistir en la necesidad de que sus responsables os esforcéis en ofrecer oportunidades capaces de estimular el itinerario de la vuelta a la verdad de la vida cristiana. He aquí algunas indicaciones:

- la preparación esmerada de las Eucaristías dominicales, mediante la utilización, debidamente estudiada y preparada, de las ayudas litúrgicas de todo orden que estén a vuestro alcance;
- la exposición de la palabra de Dios, adecuada a los diversos grupos de personas, según los criterios que se consideren más oportunos en cada lugar, mediante la práctica renovada de predicaciones, ejercicios, charlas u otros actos semejantes;
- la celebración del sacramento de la Penitencia, ofrecida como oportunidad privilegiada del encuentro, a la vez personal y comunitario, con el Dios que acoge, perdona y anima a vivir en el seguimiento de Jesucristo;
- la exhortación a la austeridad de vida y al “ayuno penitencial”, que sea fuente de una generosa aportación en favor de los necesitados de la propia comunidad y del mundo entero;
- el ofrecimiento de especiales oportunidades para hacer una oración compartida, reposada, incluso en el retiro cuidado de los lugares y casas especialmente preparados para ello;
- la debida valoración de las celebraciones del Triduo Pascual e incluso de las genuinas manifestaciones de la piedad popular.

• ***Una sugerencia particular***

131. Queremos también exponeros una sugerencia que juzgamos conforme con esta llamada a la conversión dirigida a las comunidades parroquiales. En nuestras diócesis, aunque con expresiones diferentes y por diversos caminos, nos esforzamos en lograr que nuestras iglesias ofrezcan un rostro más evangélico y más evangelizador. Pretendemos que nuestras parroquias sean más comunitarias y participativas. Estamos empeñados en hacer de ellas un lugar de encuentro, en el amor sincero, para personas a las que separan y distancian motivos de diversa índole. La cercanía comprometida a los que sufren la pobreza, la enfermedad o diversas formas de marginación es un objetivo que frecuentemente nos hemos propuesto, a fin de ser para ellos expresión del amor que Dios les tiene y signos de esperanza. Queremos ser también agentes de pacificación en un pueblo fuertemente trabajado por la violencia. Cabría que la comunidad parroquial hiciera una revisión penitencial sobre éstos u otros objetivos. Podría así tomar conciencia de una situación que muy probablemente ofrecerá oportunidades de conversión o de avance por los caminos del seguimiento de Jesús.

La aspiración a hacer de las comunidades eclesiales signos de una humanidad reconciliada en Jesucristo, sacramento de la presencia del Reino de Dios entre nosotros, puede inspirar alguna actuación práctica en esta línea que indicamos.

A los alejados y a los no creyentes

132. Os dirigimos finalmente una palabra que quiere ser, a la vez sincera y respetuosa, a cuantos alejados de la Iglesia, indiferentes a la fe cristiana o positivamente contrarios a cualquier planteamiento religioso, nos mostráis la confianza de leernos o escucharnos. Sincera, porque quiere ser expresión de nuestros verdaderos sentimientos. Respetuosa, porque queremos mantenernos en

los límites que el reconocimiento de la intimidad de las personas impone a cuantos desean acercarse a las conciencias.

Queremos expresar nuestra convicción de que toda persona es sujeto de una relación de amor personalizado de parte de Dios. Estamos persuadidos de que Él, por caminos para nosotros difícilmente escrutables, trata de manifestarse a cuantos buscan la verdad y la justicia. Creemos también que la presencia de Dios se expresa en diversidad de formas en las que le insinúa y hace sentir su cercanía. Las preguntas, las dudas, los cuestionamientos pueden ser anuncio de futuras luces en medio de la oscuridad inquietante del espíritu humano. No ignoramos que la fe va también, ella misma, acompañada de sombras y aun de dolorosas paradojas. Pero os invitamos a pensar si la renuncia a la fe elimina la oscuridad que es inherente a la vida humana, o si más bien es la existencia humana misma la que está buscando, ante sus propias paradojas, un rayo de esperanza que los creyentes creemos encontrar en la fe.

133. Jesucristo es para nosotros una realidad histórica en la que Dios ha querido comunicarnos una razón de sólida esperanza, válida para todos los que creen en Él. Su victoria sobre la muerte sigue anunciándonos la inquebrantable vocación del hombre a vivir. Porque lo creemos, os lo anunciamos, a la vez que os pedimos que nos disculpéis por la debilidad de esta nuestra palabra, que habría de ser más fuerte en el Espíritu y en los signos que la acompañaran. También nosotros queremos ser cada vez más plenamente creyentes.

Permitidnos que os digamos que no nos sois indiferentes. Sentimos también con respecto a vosotros la urgencia del mandato de Jesucristo, de anunciar su Evangelio a todos los hombres. Sabemos que, si acogéis su mensaje de liberación humana y de salvación, seréis más dichosos y en el mundo se harán más presentes los valores del Reino cuya consumación esperamos. Dios está en vosotros. ¡Ojalá seáis capaces de descubrirlo y acogerlo!

CONCLUSIÓN

134. En este mundo que se debate entre las frustraciones de la vida y el deseo de vivir, creemos que el retorno a la fe es portador de esperanza. No nos resignamos a aceptar que el mundo está condenado a existir, sin ser capaz de hacer historia por no saber hacia dónde camina. Creemos que Jesucristo tiene palabras de vida eterna (Jn 6,68). Así lo pregonamos para que nos convirtamos.

Necesitamos que venga a nosotros Jesús para nuestra salvación: la de cada uno y la de la humanidad. Por María vino Jesús al mundo. Y los más de los cristianos somos conscientes de que ella estuvo también en nuestro itinerario religioso, de un modo o de otro, en las encrucijadas de nuestro caminar hacia Dios. De ella esperamos que nos alcance, del Padre Dios, la eficacia de la oración con que pedimos insistentemente, como los primeros cristianos, desde nuestra situación social y eclesial: “MARANA THA. ¡Ven Señor Jesús!” (1 Co 16,22; Ap 22,20).

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
13 de febrero de 1991
Miércoles de Ceniza

- ✘ **José María**, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela
- ✘ **Luis María**, Obispo de Bilbao
- ✘ **José María**, Obispo de San Sebastián
- ✘ **José María**, Obispo de Vitoria
- ✘ **Juan María**, Obispo Auxiliar de Bilbao